

Jacques Attali

Breve historia del futuro

Barcelona, 2007.
Paidós.



PAIDÓS

Barcelona • Buenos Aires • México

UNA BREVE HISTORIA DEL CAPITALISMO

Para comprender las extraordinarias sorpresas que podría depararnos el futuro, es conveniente conocer las del pasado: nos ayudarán a delimitar lo posible, lo cambiante, lo que permanece invariable, y, sobre todo, a tomar conciencia de las increíbles potencialidades de la Historia.

Doce siglos antes de nuestra era, a orillas del Mediterráneo, en los escasos territorios libres que quedaban entre los distintos imperios, empezaron a delinearse los primeros mercados y las primeras democracias, que, 2.000 años más tarde, dieron lugar al Orden mercantil. Ése es el orden en el que todavía hoy vivimos; y, sin duda, seguirá vigente aún por mucho tiempo. He aquí su historia y sus leyes, que son también las del futuro.

Aunque los libros de historia han mostrado siempre más interés por el destino de los príncipes que por el de los mercaderes, y han preferido contar el ascenso y la decadencia de los imperios que siguieron repartiéndose el mundo durante milenios, lo esencial del movimiento de la Historia tendría lugar en otro lugar: en el nacimiento de un orden individualista que erigiría los derechos del ser humano en ideal absoluto. Un orden que, vulnerando constantemente su propio ideal, sería capaz de producir más riquezas que cualquiera de los que le habían precedido.

Al principio, este orden no era sino un diminuto parásito en las entrañas de las sociedades teocráticas o imperiales. Luego entró en competencia con ellas y poco a poco fue reemplazando a todos los príncipes por mercaderes, y todos los servicios, por productos fabricados en serie. En un espacio cada vez más vasto, y con tecnologías cada vez más eficaces, tanto en la violencia como en la injusticia y el esplendor, este orden estableció el mercado y la democracia: *la democracia de mercado*. Y, pese a mil convulsiones (que siguen, para

muchos, ocultando la perspectiva), acabó por instaurar el Orden mercantil. Hizo triunfar un ideal de libertad para cada ser humano, o, en todo caso, para los que estuvieran mejor preparados para conquistarla. Siglo tras siglo, este orden fue depurando todas sus instituciones hasta que, un día no muy lejano, alcanzó su paroxismo.

EL IDEAL JUDEO-GRIEGO: LO NUEVO Y LO BELLO

Hacia el año 1300 antes de nuestra era, el pensamiento cíclico que por aquel entonces dominaba el mundo quedó perturbado por algunos mediterráneos increíblemente inventivos que compartían la pasión por el progreso, la metafísica, la acción, lo nuevo y lo bello: eran los griegos, los fenicios y los hebreos.

Para defenderse mejor de sus vecinos, los griegos revolucionaron los barcos, las armas, la alfarería y la cosmogonía. Instalados en Siria y en la costa mediterránea, los fenicios inventaron el primer alfabeto que permitía transcribir las otras lenguas y, así, comerciar mejor con los vecinos. Exactamente en esa misma época, algunos pastores que, para afirmar mejor su identidad, se denominaban a sí mismos «hebreos» abandonaron Mesopotamia con rumbo a Canaán, tierra prometida por su Dios único y universal.

Para estos tres pueblos, lo que primaba era la vida humana: todos los seres humanos eran para ellos iguales a los demás (excepto los esclavos y los «metecos»); la pobreza era una maldición; el mundo tenía que domesticarse, mejorarse, construirse, a la espera de la llegada de un Salvador que cambiaría sus leyes. Por primera vez se empezó a pensar que el futuro del ser humano sobre la Tierra podía —y debía— ser mejor que su pasado. Y se consideró, también por primera vez, que el enriquecimiento material era un modo de acercarse a Dios o a los dioses. Éste es el ideal que se estableció, el ideal que se convertiría luego en el de Occidente, y, finalmente, en el del Orden mercantil que ha reinado hasta nuestros días: *el ideal judeo-griego*.

Un siglo después, hacia el año 1200 antes de nuestra era, los fenicios fundaron Tiro, Sidón, Útica, Cartago y Gades (Cádiz). Los hebreos abandonaron Canaán por Egipto. En el Peloponeso, otros

dos pueblos procedentes de Asia central (los dorios y los jonios) construyeron algunas ciudades, entre ellas Esparta —ciudad agrícola que empleaba muchos esclavos extranjeros— y Atenas —pequeño puerto comercial totalmente orientado al mar—. Los espartanos, campesinos y sedentarios, se convirtieron en una nación militar por miedo a la posible reacción de sus propios esclavos, mientras que los atenienses, mercaderes, letrados, marineros, se proveyeron de una flota formidable para defenderse de sus vecinos. En esa misma época, según la leyenda, Troya desapareció bajo los ataques de los micenios, es decir, de los cretenses: primera guerra entre Europa y Asia.

Filósofos, intérpretes, marineros, médicos, artistas y mercaderes (griegos, fenicios y judíos, pero también mongoles, indios y persas) establecieron por aquel entonces circuitos comerciales entre todos los imperios de Eurasia. Atravesaron todas las fronteras, incluso durante las guerras, y empezaron a hacer circular ideas y productos desde la Península Ibérica hasta China, donde los Shang fueron entonces derrocados por los Zhou, primera de las dinastías cuya existencia está históricamente establecida y cuyos jefes adoptan el título de *tianzi* («hijo del cielo»).

Hacia el año 1100 antes de nuestra era, el pueblo judío, de regreso a su tierra después de su estancia en Egipto, eligió a algunos jueces para que le dirigieran. Sin embargo, en el año 1000, se resignó con gran pesar a establecer una monarquía (Saúl, luego David y después Salomón) para defenderse de los filisteos y, en el 931, se escindió en dos reinos.

Poco después, los mercaderes de Atenas hicieron valer sus derechos contra los propietarios de las campiñas circundantes e inventaron, para su exclusivo beneficio, los rudimentos de lo que llegaría a ser la democracia y la moneda.

La primera dio al traste con los imperios dinásticos; la segunda permitió expresar el valor de todo objeto según un patrón único. Y la pretensión de una y otra era retirarles el poder a religiosos y militares y confiárselo a los mercaderes. Los esclavos, imprescindibles para el buen funcionamiento de los dos órdenes anteriores, siguieron siendo durante mucho tiempo necesarios para el de este nuevo orden.

El ideal judeo-griego se fue precisando: la libertad era un fin en sí; el respeto de un código moral, un requisito para sobrevivir; la riqueza, un don del cielo; y la pobreza, una amenaza. La libertad individual y el Orden mercantil iban a ser inseparables en lo sucesivo y han avanzado juntos hasta nuestros días.

Hacia el año 850 antes de nuestra era, los fenicios mejoraron su alfabeto, y aún seguimos utilizándolo. Los arameos se establecieron en Siria, mientras que, justo al lado, en Israel, Amós, Isaías y Oseas profetizaban.

Un poco después, en el 753 —mientras la diminuta Atenas estaba a punto de convertirse en una de las potencias más influyentes del mundo, no tanto por sus ejércitos, sino por sus ideas y obras de arte—, en China, con mucho la mayor potencia demográfica del momento, los Zhou se desgarraron mutuamente en *reinos combatientes*; entretanto, al otro lado del Mediterráneo, se fundó, en medio de la indiferencia general, otra pequeña población: Roma.

Situada en el punto de encuentro entre Asia y Occidente, Mesopotamia era entonces el lugar donde se producían todas las invasiones y los grandes movimientos de poblaciones: en el año 722 antes de nuestra era, los asirios de Sargón tomaron Samaria y mandaron el pueblo judío al exilio, a Asiria; en el año 630, no obstante, los medos enviaron a los judíos de regreso a su tierra y expulsaron a los asirios de la suya.

Los dos siglos siguientes fueron vertiginosos: los principios del individualismo se fueron precisando al ritmo de acontecimientos cuyas consecuencias darían que hablar durante mucho tiempo. En 594, Solón impuso a los atenienses la primera Constitución democrática de la Historia; en 586, el reino babilónico Nabucodonosor destruyó Jerusalén y deportó de nuevo a los judíos, esta vez a Babilonia; en el 538, unos recién llegados que habían descendido de las montañas, los persas, se dirigieron también hacia las llanuras fértiles de Mesopotamia bajo el mando de Ciro. Tomaron Babilonia y, antes de invadir la región entera —desde Mesopotamia hasta Egipto— y poner fin para siempre al bimilenario Imperio egipcio (en el 525 antes de nuestra era), mandaron una vez más a los judíos de regreso a Israel. Por aquella misma época, un letrado chino, Lao Tse, afirmó que la felicidad está en el no-obrar y que la auténtica liber-

tad es la que nos permite no depender de nuestros deseos. En la India, un príncipe acaudalado, Gautama, se negó a suceder a su padre, se convirtió en «el Despertado» —Buda— e infundió nueva vida en la antigua doctrina de la región, el hinduismo. Poco después, en China, otro letrado, Confucio, explicó que la felicidad exige el respeto de la cortesía, de la familia, de las tradiciones, de la jerarquía y de los Antiguos.

Allí se sitúa el extraordinario giro del que seguimos siendo herederos y que marcaría el futuro durante mucho tiempo: *Asia pretende liberar al ser humano de sus deseos, mientras que Occidente desea que sea libre de realizarlos*. La una escoge considerar el mundo como una ilusión; el otro, hacer de él el único lugar de la acción y de la felicidad. La una habla de la transmigración de las almas, el otro, de su salvación.

En el Mediterráneo (donde, en el año 510, Roma se había convertido en una república para algunos ciudadanos libres), la diminuta Atenas resistió ante la sorpresa general a los ataques de las formidables tropas del Imperio persa, que habían ido conquistando, una tras otra, todas las ciudades griegas de Asia Menor. Más aún: con la ayuda de Esparta, Atenas consiguió derrotar a los ejércitos persas; Darío, rey de los persas, admirador del mayor filósofo griego de la época, Heráclito, cayó en Maratón, en el año 490; su sucesor, Jerjes, fue aplastado diez años más tarde en Salamina gracias al ingenio ateniense. Por primera vez, una ciudad minúscula ofrecía resistencia a los imperios. No sería la última.

El pequeño mundo mercantil, que nadie tomaba aún en serio, estaba por tanto demostrando que albergaba en su seno una gran fuerza interior, unas ansias salvajes de vivir en libertad, y que era capaz de resistir a potencias mayores que él. Por otra parte, Occidente había ofrecido por primera vez resistencia a unos invasores procedentes de Oriente. El Orden mercantil suscitaba entonces el interés de muchos pueblos. Se estaba reforzando, y, poco a poco, sus valores se iban precisando.

Mientras que en Israel las profecías anunciaban los desastres venideros, en el año 444, Pericles, jefe indiscutido de Atenas, había hecho de la metrópolis helénica una gran potencia militar, económica y cultural; durante veinte años, se desarrollaron en ella la es-

cultura, la poesía, el teatro, la filosofía y el ideal democrático, hasta que, en el año 420, una guerra absurda contra Esparta conduce a la victoria de un vecino occidental: Filipo, rey de los macedonios.

Lección universal: cuando una superpotencia es atacada por un rival, el vencedor es con frecuencia un tercero. Una lección más: el vencedor adopta a menudo como suya la cultura del vencido. Una última lección: el poder sobre el mundo sigue desplazándose hacia el oeste, aunque las principales riquezas continúen estando en el este.

Por otra parte, después de que Filipo se hiciera con el control del Peloponeso (y mientras Platón daba forma al pensamiento de Sócrates), su hijo Alejandro, alumno de Aristóteles sólo codiciaba una cosa: la India, a la que llegó en el año 327. Dos años más tarde la abandonó para morir, en el año 323, en la capital persa. Su imperio se desgarró entonces en tres pedazos —griego, persa y egipcio— y fue progresivamente perdiendo su esplendor. Los tiempos de Grecia habían pasado.

La riqueza seguía estando en el este. En la India florecieron un sinnúmero de pequeños reinos arios. En China, a partir del año 220 antes de nuestra era y a lo largo de once años de un reinado asombroso, el emperador Quin Tshin Huangdi unificó el país mediante la construcción de una capital, Xianyang, la uniformación de la escritura y la construcción de la Gran Muralla; a su muerte, se le enterró con cuatro ejércitos de piedra, tal como había ordenado. Al comienzo de nuestra era, una nueva dinastía, la de los Han, adoptó el confucianismo, plantó cara a los invasores llamados «xiongnu» y abrió la ruta de la Seda, primera vía comercial con Occidente.

En el oeste, Roma se convirtió en heredera de la cultura de los griegos sin haber llegado realmente a combatir con ellos; levantó un nuevo imperio, el primero con centro en Occidente. Roma, que adoptó los valores judeo-griegos, llevándolos aún más lejos, se veía a sí misma como una imitación grandiosa de Atenas, incluso en lo referente a su panteón religioso y su sistema político. Tras haber aprendido la lección de la derrota de Atenas frente a los macedonios, y de la suya propia frente a los galos de Brennus, Roma se dotó de un ejército de tierra muy poderoso. La ciudad no tardó en controlar toda Europa occidental, África del Norte y el Mediterráneo, y parte del norte de Europa y los Balcanes. En el año 170, An-

tíoco IV saqueó el templo de Jerusalén; en el año 125, la Galia del sur pasaba a ser territorio romano. La *pax romana* estaba en su apogeo cuando, en el 44 a. C., Julio César, un general que acababa de regresar triunfante del norte de la Galia, puso de rodillas al Senado de la República, consiguió que admitieran como miembros a representantes de los pueblos vencidos, intentó hacerse proclamar emperador y persiguió a sus rivales hasta Egipto, de donde regresó para ser asesinado. En el 27 a. C., su sucesor, Octavio, se convirtió en César Augusto, el primer emperador. Pendientes de evitar cualquier revuelta en las fronteras, sus sucesores reprimieron la sublevación egipcia y silenciaron a todos los disidentes, entre ellos, a un rabino de Jerusalén llamado Jesús (en el año 30) y a otros judíos sublevados, antes de destruir Jerusalén en el 70 y de masacrar una vez más a todos los judíos. Había nacido el cristianismo.

Durante el primer concilio, celebrado en Jerusalén en el año 48, el cristianismo (primero aliado de los romanos contra los judíos, luego también objeto de su odio) anuncia a los paganos el mensaje del judaísmo transformado: todos los seres humanos están unidos en Jesucristo; puesto que el Mesías esperado ha llegado, el pueblo judío, que había anunciado su llegada, no tiene ya razón de ser y debe convertirse; la Iglesia será el nuevo pueblo elegido; la pobreza y la no-violencia serán los únicos caminos hacia la salvación; el amor es el único requisito de la eternidad; la creación de riquezas ya no es una bendición; el progreso carece ya de interés. El ideal judeo-griego queda así profundamente modificado.

Se creó entonces una perspectiva sincretista a partir de los pensamientos cristiano, romano, griego y judío: el amor de Dios es el máspreciado de los valores; únicamente la Iglesia —y, en segundo término, los príncipes a ella sometidos— puede acumular riquezas, que se utilizarán exclusivamente para ayudar a cada uno de los fieles a preparar su salvación.

El cristianismo, por la mera fuerza de su filosofía, fue ganando entonces un número cada vez mayor de adeptos en el Imperio romano. En ese momento habría podido llevar a un retroceso del Orden mercantil, de la libertad y el individualismo, en pro de la fraternidad, la igualdad, la no-violencia, la frugalidad y la humildad; pero no fue así. Lección para el futuro: una doctrina religiosa, por

influyente que sea, no consigue ralentizar la marcha de la libertad individual. De hecho, hasta la fecha, ninguna fuerza, ni religiosa ni laica, ha conseguido frenarla de manera duradera.

A diferencia de los imperios anteriores, Roma carecía de rivales en esa época. Sólo tenía enemigos: tribus procedentes del este, deseosas de disfrutar de las riquezas y el clima mediterráneos, la hostigaban por todas partes.

Roma se veía, pues, obligada a establecer ejércitos cada vez más costosos en sus fronteras. Tenía que hacer frente a la diversidad de lenguas y creencias de sus soldados, a lo gravoso de la logística, a la dificultad de conseguir la financiación. El emperador Marco Aurelio llegó incluso a pasarse veinte años en las fronteras del Imperio, entre el año 160 y el 180.

Pero todos esos esfuerzos fracasaron; bajo los ataques de germanos y eslavos, empujados a su vez por los turcos y los mongoles, Roma fue retrocediendo y debilitándose, y muy pronto otras ciudades del imperio, como Bizancio en Asia Menor, entraron en competencia con ella.

En el año 284, el emperador Diocleciano intentó, de nuevo, recaudar más impuestos, cada vez menos aceptados. Fue en vano. El imperio no poseía ya los medios para financiar su defensa. En el año 313, su sucesor, Majencio, concedió la libertad de culto a los cristianos, cada vez más numerosos, con la esperanza de reconquistar el apoyo del pueblo y la nobleza; también fue en vano: en el año 320, Constantino, vencedor de Majencio, se convirtió al cristianismo; en el año 395, tras la muerte del emperador Teodosio, el Imperio romano, imposible de gobernar desde un único centro, se escindió definitivamente en dos partes, en torno a dos capitales: Roma y Bizancio, convertida en Constantinopla. Comienza el Imperio romano de Oriente. Europa se aleja de Asia.

Múltiples tribus indoeuropeas (godos, francos, vándalos, eslavos, alamanes, lombardos, vénetos, teutones, vikingos, hunos y mongoles) se unieron entonces para atacar lo que quedaba del Imperio romano de Occidente. El sueño de estos invasores era llegar a ser romanos —es decir, cristianos y judeo-griegos—, formar parte de su cultura y su estilo de vida. En el año 406, masas nómadas cruzaron el Rin y se adentraron en el Imperio romano; los hunos

empujaban hacia Roma a los visigodos, que retrocedieron en el momento de dar la estocada final.

A pesar de ello, el final estaba cerca: en el año 476, el último emperador de Occidente, Augústulo, fue sustituido por un rey visigodo, Odoacro: el Imperio romano de Occidente había desaparecido. Por primera vez, un imperio era vencido sin que otro le sucediera. No sería la última.

El Imperio romano de Oriente y su capital, Constantinopla, seguían prácticamente intactos. En Europa occidental, sin embargo, los obispos, los príncipes, las poblaciones con mercado se organizaban en pequeñas potencias autónomas. En el año 496, como otros muchos príncipes de Occidente, Clodoveo, rey de los francos, recibió el bautismo cristiano y se desprendió de los últimos jirones del Imperio romano. Toda Europa, recorrida por bandoleros y partidas de campesinos arruinados, se estructuró en torno a reinos en miniatura, villas galorromanas y conventos, raros espacios protegidos.

Durante ese tiempo, en Asia, América y África, algunos imperios desaparecían cuando sus dirigentes —como en el caso de Palenque, en México— no conseguían evitar que los recursos naturales se agotasen, mientras otros cuyos príncipes organizaban a tiempo el traslado de la capital —como ocurriría más adelante con la ciudad de Amber, en Rajastán, desplazada a Jaipur— sobrevivían. En China, las dinastías se sucedían también sin restaurar la unidad del territorio, desmembrado desde el final de la dinastía Han, a principios del siglo III, hasta que en el año 618 la dinastía Tang levantó de nuevo el país: el budismo se convirtió entonces en la religión del Estado; Xi'an, la capital, siguió siendo con gran diferencia la ciudad más poblada del mundo. Luego los Tang desaparecieron a su vez durante un período caótico, llamado *de las cinco dinastías y de los diez reinos*. En todo el mundo, los imperios eran cada vez más frágiles, más difíciles de gobernar.

Al mismo tiempo, en el año 622, en Arabia, Mahoma, que se convertiría en el Profeta, huía de La Meca a Medina; su mensaje se había endurecido y había adquirido un cariz conquistador; poco a poco, el Corán se iba elaborando; comenzaba el islam. En menos de un siglo, esta fuerza religiosa, política y militar trastornó las an-

tiguas estructuras, como lo había hecho el cristianismo en su momento. Por la fuerza de las armas, puso fin a imperios milenarios en el nombre de una nueva forma de monoteísmo; en menos de un siglo, las tropas de los sucesores del Profeta levantaron un nuevo imperio, ligero, volátil, casi nómada. Para financiar sus ejércitos, estos primeros califas, instalados primero en Damasco y posteriormente en Bagdad, utilizaron por primera vez a los banqueros, todos ellos judíos, ya que eran los únicos cuya religión los autorizaba a comerciar con el dinero. Las tropas del islam conquistaron rápidamente Oriente Próximo, Mesopotamia, Egipto, el norte de África y España —convirtiendo a la mayoría de los pueblos por la fuerza—, hasta que, en el año 732, las tropas francas detuvieron su avance en Poitiers.

El Imperio musulmán, el califato, se organizaba en torno a instituciones ligeras, más eficaces que las de los imperios anteriores, cuyos saberes y riquezas utilizaba. Convertido en una de las dos mayores potencias del mundo, junto con China, el califato fijó sus capitales en Bagdad y en Córdoba. En ellas se encontraban todos los productos, todas las religiones, todos los saberes, que coexistían con un cierto recelo jalonado de escaramuzas. Las carreteras se volvieron más seguras. Los mercados de Europa y Asia se reactivaron. Así, mercaderes, financieros, letrados, músicos y poetas circulaban de ciudad en ciudad, de feria en feria.

FERIAS, CIUDADES Y NACIONES

En el siglo ix, más al norte, en el antiguo Imperio romano de Occidente, surgieron las primeras ciudades-feria de la cristiandad, reproducción de las del islam; en ellas se formó el embrión de futuros Estados. El año 800, el Imperio romano de Occidente, con más apariencia que realidad, renació en Germania, primero con Carlomagno, luego con Otón y Federico. A su lado empezaron a organizarse dos naciones (Francia, dominada por los francos, y Rusia, dominada por los vikingos) e innumerables principados: en España dominados por los visigodos, en Alemania y Flandes por los sajones, y en Italia por los lombardos.

Esta historia sigue siendo la nuestra; todavía hoy, Francia, Rusia, Italia, España e Inglaterra llevan el nombre de uno de sus invasores de esta época; Alemania lleva el de tres de ellos, según la lengua en que se nombre. Y, entre los fundadores de los pueblos danés, francés, islandés, inglés, ruso e italiano, encontramos a los vikingos, nómadas procedentes del norte.

En China, en el año 960, los Song restauraron la unidad del sur del país, y luego, en 1115, los Jin, que se organizaban sobre todo bajo la presión militar de los principados del norte, acabaron de consolidarla.

En el Mediterráneo, el islam encabezaba aún lo que iba a convertirse en el Orden mercantil. En Córdoba, la capital del califato, la ciudad más grande de Europa, se hablaba en árabe, se pensaba en griego y se rezaba en latín, en árabe o en hebreo. Las riquezas le llegaban de todas partes: el oro de África, las especias de Asia, el trigo del resto de Europa. En la biblioteca del califa había más libros que en todas las demás bibliotecas europeas juntas.

El otro gran imperio del mundo, el Imperio chino, controlaba todos los mares de Asia; organizaba, en embarcaciones impresionantes equipadas con timón y brújula, el envío de especias a Europa para intercambiarlas por productos agrícolas y artesanales. A mediados del siglo xii, el islam de Europa seguía siendo la primera potencia del Mediterráneo. En Córdoba, capital de un Imperio musulmán que se extendía desde Andalucía hasta Libia, se concentraba una élite creativa excepcional: banqueros, poetas, sabios, mercaderes, desde Omar Khayyâm hasta Ibn Gabirol, desde Maímónides hasta Averroes. En el Mediterráneo, las flotas y los ejércitos musulmanes empezaban a enfrentarse a las nuevas fuerzas de los príncipes cristianos, que partían en cruzada para recuperar los Lugares Santos y abrir una vía comercial hacia Asia.

A mediados del siglo xii, Xi'an seguía siendo la ciudad más grande de Asia; en aquella época, París, capital del reino más poblado de Europa, sólo desempeñaba un papel económico y cultural marginal; la ciudad más poderosa de Europa seguía siendo Córdoba.

Hasta que en 1148, los nuevos amos de Córdoba, los almohades, doctores de la fe procedentes del sur de Marruecos, prohibieron a los musulmanes el estudio del pensamiento griego y expulsaron a ju-

díos y cristianos de su imperio. En esas mismas fechas, al otro lado del Mediterráneo, otros jefes musulmanes partían a la reconquista de los Lugares Santos que acababan de ocupar los cruzados.

Durante ese año crucial, el islam triunfó en Oriente, pero perdió todos los medios para vencer en Occidente. Al cerrarse a la ciencia, rechazó toda posibilidad de seguir dirigiendo el Orden mercantil y empezó a decaer. Lo mismo ocurrió con China en esa misma época.

El mundo cambió, pues, de forma radical: los dos grandes imperios, el chino y el musulmán, le dieron la espalda a la competencia que imponía el Orden mercantil. La India, fragmentada en demasiados reinos deslumbrantes, no mostraba ningún interés por el resto del mundo, excepto a la hora de intercambiar con él las riquezas necesarias para mantener el esplendor de algunos de sus príncipes. Amenazada por el islam, Bizancio no poseía ya agilidad ni fuerza suficientes para convertirse en una gran potencia mercantil.

Esos acontecimientos de mediados del siglo XII han repercutido muy profundamente en nuestro presente, y, como veremos, aún repercutirán más en nuestro futuro.

El corazón del poder mundial se desplazó entonces hacia la Europa cristiana, sin llegar por ello a instalarse en ninguno de los grandes reinos en formación: la administración de Francia, Inglaterra, Rusia seguía basándose, como la de los imperios más antiguos, en el sistema feudal; en esos reinos, la mayor parte de la producción dependía aún de trabajo no remunerado, gratuito o forzado, y la nobleza se mantenía en el poder protegiendo a los siervos contra todos los que se movían por sus tierras (mercenarios, bandoleros, mercaderes, maríneros, médicos, peregrinos, juglares, músicos, exploradores, filósofos y mendigos). Incluso en Francia, con mucho el país más poblado y más prometedor, el imperio era la ley: el mar no era el horizonte; el mercader no era el amo; la tierra seguía estando en el poder.

Sin embargo, en algunas escasas ferias del continente, el nuevo orden, todavía insignificante, parásito, desapercibido, pero revolucionario, se insinuaba en las zonas limítrofes entre estos reinos: el Orden mercantil seguía presente en estos días, más fuerte que nunca, y sin duda todavía por mucho tiempo.

En estas primeras poblaciones con mercado, la libertad de pensamiento era mayor que en otras partes; en ellas, los poderes religiosos y militares iban perdiendo poco a poco el control de la economía y la política; una nueva clase dirigente, compuesta por mercaderes y financieros, erigía sus propias libertades en valor supremo; esta clase nueva explotaba a esclavos, campesinos, asalariados y artesanos; hacía del control de las herramientas de trabajo el instrumento de su poder. Esta nueva élite se alió también con la Iglesia, cuyas prevenciones respecto a los oficios que trabajaban con el dinero fue disminuyendo al tiempo que aumentaban las restricciones que imponía a la sexualidad.

Estas élites mercantiles reforzaron entonces el ideal judeo-griego, organizando la libertad de circular, de crear, de transmitir, de saber, de hacer fortuna. Eludieron la apología cristiana de la pobreza y empezaron a utilizar en sus talleres, almacenes, barcos o bancos, una mano de obra un poco más libre que los esclavos o los siervos: los asalariados. Las élites no eran ni pacifistas ni liberales: el mercado requería un Estado fuerte para instaurar y defender el derecho de propiedad. Los derechos y los intereses de los mercaderes los defendían los mercenarios y con el tiempo acabaron delegando la gestión de sus asuntos comunes en representantes de su grupo: unos se encargaban de hacer la ley y otros, de aplicarla, a veces bajo el control de los legisladores.

En el ámbito privado, la libertad de cada miembro de la nueva élite tendría en lo sucesivo como único límite lo que poseía; en la esfera pública, dicha libertad quedaba limitada por la decisión mayoritaria de los demás. Todos estaban convencidos de que la simultaneidad de sus decisiones libres conduciría a la máxima satisfacción colectiva.

La libertad, mercantil y política, era más que nunca el motor de la Historia.

DE UN «CORAZÓN» A OTRO

A diferencia de los dos órdenes anteriores, en los que en todo momento coexistían sobre el planeta mil tribus, reinos o imperios,

que veneraban a mil jefes, adoraban a mil dioses, hablaban mil lenguas, se ignoraban o combatían unos con otros, el Orden mercantil habla la lengua única del dinero. En todo momento se organiza en una forma única, en torno a un solo centro, un *corazón* único, en el cual se reúne una *clase creativa* (armadores, industriales, mercaderes, técnicos, financieros), caracterizada por su gusto por lo nuevo y su pasión por el descubrimiento. Hasta que una crisis o guerra conduce a la sustitución de un «corazón» por otro.

Esto se explica por la naturaleza misma de este nuevo orden: el mercado y la democracia se basan en la organización de la competencia, que lleva a la exigencia de lo nuevo y a la selección de una élite. Además, a muy largo plazo, la acumulación de capital no se puede realizar ni en una empresa, ni en una familia, ya que ambas cosas son demasiado precarias; se realiza en una ciudad, un «corazón», que se convierte en el centro del capitalismo y lo organiza. Finalmente, la competencia implica batalla; de ahí que haya continuidad entre mercado, democracia y violencia.

Todos los «corazones» deben disponer necesariamente de un amplio territorio interior en el que desarrollar la agricultura, así como de un gran puerto para exportar sus productos. Todos los «corazones» responden a una carencia que, de otro modo, los destruiría; todos utilizan estrategias voluntaristas para superar a los demás: la imitación, el rigor, la fuerza, el intervencionismo, el proteccionismo y el control de los cambios son las principales de sus armas. Una ciudad se convierte en «corazón» si su clase creativa es la más capacitada para reunir los medios necesarios para transformar un nuevo servicio en producto industrial. Para ello debe dominar el capital, fijar los precios, acumular los beneficios, controlar los salarios, desplegar un ejército, financiar a los exploradores, fomentar el desarrollo de la ideología que asegura su poder.

Cada «corazón» toma entonces el control, tanto en el interior como en el exterior, de los recursos energéticos más eficaces y de los medios de comunicación más rápidos. Banqueros, artistas, intelectuales, innovadores, acuden allí a aportar su dinero, a construir palacios y sepulcros, a pintar los retratos de los nuevos amos del mundo, a dirigir sus ejércitos.

Alrededor de este «corazón» hay un *entorno*, constituido por rivales antiguos o futuros en decadencia o en expansión. El resto del mundo, reinos e imperios, forma la *periferia*, en parte gobernada por los órdenes anteriores, que vende sus materias primas y su mano de obra, en general como esclavos, al «corazón» y al «entorno».

Una forma mercantil perdura mientras el «corazón» es capaz de reunir las riquezas suficientes para dominar el «entorno» y la «periferia»; se ahoga cuando el «corazón» debe consagrar demasiados recursos para mantener la paz interior o para protegerse de uno o varios enemigos exteriores.

En una sucesión de formas, cada «corazón», arruinado por sus gastos, cede su puesto a un rival. En general, no a uno de los que le atacan, sino a otra potencia que durante la lucha se ha ocupado de generar otra cultura, otra dinámica de crecimiento, en torno a otra clase creativa, a una nueva libertad, a una nueva fuente de excedentes, a una nueva tecnología de la energía o de la información, a la sustitución de un antiguo servicio por un objeto nuevo producido en serie.

En una sucesión de formas se industrializa la producción de los bienes agrícolas, y luego la de los artesanales. En una sucesión de formas desaparece el estamento de los esclavos y se desarrolla el de los asalariados. En una sucesión de formas, se automatizan las producciones de energía y de información. En una sucesión de formas se desplazan ingenieros, mercaderes, banqueros, armadores, hombres de armas, artistas, intelectuales. En una sucesión de formas se extiende el campo de la libertad individual, el mercado y la democracia. En una sucesión de formas, los campesinos, los artesanos, los trabajadores independientes se ven transformados en asalariados precarios; las riquezas se concentran en un número reducido de manos; aparecen mayores libertades para los consumidores y ciudadanos, y mayores alienaciones para los trabajadores.

Por una extraña ironía, este giro del Orden imperial hacia el Orden mercantil genera así un regreso al nomadismo, un cambio del campesino al viajero. De ahí la importancia de la larga historia del nomadismo, base de la cultura humana que resurge en nuestro presente y que, como veremos, resurgirá todavía más en nuestro futuro.

Hasta la fecha, el Orden mercantil ha conocido *nueve formas sucesivas*. Como veremos, podemos designarlas por el nombre de la ciudad-«corazón» (Brujas, Venecia, Amberes, Génova, Amsterdam, Londres, Boston, Nueva York, Los Ángeles), por el del servicio progresivamente convertido en bien de consumo de masas (los alimentos, las prendas de vestir, los libros, las finanzas, los medios de transporte, los electrodomésticos, los instrumentos de comunicación y de entretenimiento), por la tecnología que permite extender el campo de la mercancía (el timón de codaste, la carabela, la imprenta, la contabilidad, la urca, la máquina de vapor, el motor de explosión, el motor eléctrico, el microprocesador), o, finalmente, por el nombre de la moneda dominante (gros, ducado, genovino, florín, libra esterlina, dólar). Incluso tal vez, como veremos también, por el nombre de un artista o de un filósofo representativos del «corazón».

La mayor parte de la historia económica, técnica, cultural, política y militar de los siete últimos siglos se explica por las estrategias empleadas por las potencias para convertirse en el «corazón», para seguir siéndolo, para huir de la «periferia» o para salir del Orden mercantil. Lo que esta historia pone de manifiesto no son tanto las leyes del pasado, sino las del futuro.

BRUJAS 1200-1350: LOS COMIENZOS DEL ORDEN MERCANTIL

A finales del siglo XII, algunos puertos de Flandes y de la Toscana, cuyos territorios interiores eran las mejores tierras agrícolas del continente, reunían a mercaderes que hacían allí escala, a esclavos rebeldes, a siervos expulsados de sus tierras. En estas poblaciones con mercado situadas al margen del sistema feudal, ningún monarca absoluto se llevaba los excedentes; los siervos no constituían la totalidad de la fuerza laboral; una nueva clase creativa, la burguesía, ponía en práctica un saber técnico nuevo, que ahorraba trabajo, para apropiarse del beneficio.

En primer lugar, empezaron a emplearse, en las campañas circundantes, la rotación trienal de cultivos, el arnés delantero, el molino de agua, la mecanización de la pisa de las uvas; estos progresos técnicos permitieron comenzar a industrializar la producción de

alimentos. Luego llegó la invención fundamental del timón de codaste: los barcos ya podían remontar el viento y, al cabo de un tiempo, las primeras armas de fuego pudieron cargarse a bordo de los barcos. Todas estas innovaciones proporcionaban a esas poblaciones con mercado —que eran a la vez puertos, arsenales y ferias— los medios para dominar el comercio marítimo. En las regiones que estaban bajo su control, el dinero ganaba por la mano a la fuerza, los asalariados a los siervos, la inversión a la construcción monumental, el comercio a la policía. La división del trabajo aumentaba, la productividad agrícola se incrementaba, el precio del trigo, pronto producido en gran cantidad, bajaba; cada vez era mayor el número de ciudadanos que podían consumirlo y adquirir prendas de lana con tinturas nuevas; aparecieron las primeras máquinas de tejer; se despertó la necesidad del crédito; las minúsculas comunidades judías, dispersas por el continente europeo desde hacía más de trece siglos, seguían siendo las únicas teológicamente autorizadas a prestar dinero a interés y, como ya les había sucedido en el islam, se vieron obligadas a prestar dinero a príncipes, mercaderes y campesinos, a cambio de un refugio precario, y a crear sistemas bancarios. Y como las estaciones no bastaban ya para marcar el ritmo del tiempo urbano, las campanas, tras haber sonado en los conventos durante seis siglos cada vez que llegaba la hora de la oración, empezaron a colgar de los campanarios: el tiempo pertenecía a los nuevos amos.

A finales del siglo XII, Brujas era el más dinámico de esos pequeños puertos. Todavía no era más que una gran población con mercado, dotada de un vasto territorio agrícola interior. Sus mercaderes ya viajaban —por tierra y por mar— a Escocia, Inglaterra, Alemania, Polonia, Francia y España, e incluso los había que, haciendo pequeñas escalas, llegaban hasta Persia y la India. Su rada, que, en peligro constante de encenagarse, era dragada sin cesar, se convirtió en una de las escalas más importantes del conjunto de las ferias flamencas. A partir de 1227 empezaron a atracar en ella los barcos genoveses; luego, a partir de 1314, los barcos venecianos. Se instalaron allí mercaderes italianos interesados en participar en el intercambio de las especias de Oriente, la India y China, por el acero, la lana, el cristal y las joyas de Flandes.

Las diferencias de nivel de vida entre los artesanos y los mercaderes (los «patricios» que dirigían la ciudad) eran considerables; las insurrecciones se sucedían; en 1302, los artesanos tomaron partido por el conde de Flandes y sometieron provisionalmente a los patricios, apoyados por el rey de Francia. La vida democrática se amplió. La vida intelectual y artística, aunque todavía bajo el control de la Iglesia, era allí un poco más libre que en otros lugares.

A principios del siglo XIV, Brujas se convirtió en el «corazón» de la primera forma del orden nuevo. Un «corazón» exiguo: en 1340, en el apogeo de su poder, la ciudad no contaba con más de 35.000 habitantes.

En el «entorno» de esta forma, se encontraban las ferias de la Hansa, de Alemania, de Francia y de Italia. En la «periferia», las del resto de Europa, dominada por grandes hacendados. El «corazón» y el «entorno» mandaban vino, paños, dinero, cristal y joyas a la «periferia», y a los imperios; a cambio, recibían trigo, madera, pieles y centeno. En los grandes reinos, nadie parecía darle la menor importancia a la agitación que vivían estas ciudades.

En Asia, donde aún se encontraba la mayor parte de las riquezas del mundo, seguían sucediéndose los imperios: el mongol Gengis Khan y luego el turco Tamerlán edificaron reinos inmensos que se extendían desde el Pacífico hasta los arrabales de Viena. Los dirigían al estilo nómada, por la fuerza y el miedo, dominando demográficamente y económicamente el mundo, y aterrorizando a los europeos, que vivían esperando ver aparecer en el horizonte esos inmensos ejércitos.

Al cabo de un tiempo, no obstante, esta primera forma mercantil vaciló: ante la inseguridad que dominaba los territorios de Asia, los intercambios a muy larga distancia disminuyeron; por otro lado, se produjo un enfriamiento climático que redujo también la tendencia a viajar. En 1348, llegó a Europa una Gran Peste a través de Turquía y el Mediterráneo: murieron un tercio de los europeos, los circuitos de intercambio se interrumpieron, y los puertos de la Hansa y las ferias de Champaña se arruinaron.

Brujas ya no tenía medios para mantener su puerto, que quedó definitivamente encenagado. A finales del siglo XIV, este primer «corazón» fue cayendo lentamente, por su belleza, en la eternidad

de la obra de arte. La ciudad continuó siendo durante otro siglo la mayor potencia mercantil del norte de Europa, pero ya no el «corazón» del Orden mercantil.

Mientras Francia e Inglaterra se desgarraban mutuamente en una guerra que duraría un siglo, empezó a constituirse una segunda forma mercantil en torno a una ciudad todavía insignificante, un nuevo «corazón», tan improbable como el primero: Venecia.

VENECIA, 1350-1500: LA CONQUISTA DE ORIENTE

Como Brujas en su tiempo, Venecia era un puerto aislado con un amplio territorio agrícola interior, condenado a la expansión o a la inexistencia. Como en el caso de Brujas, su fuerza nacía de la carencia, mantenía su prestigio gracias al desafío, y el lujo que la envolvía se lo debía a su insolencia. Lección para el futuro: después de Venecia, todos los demás «corazones» también serán fruto de una superación.

Venecia era por aquel entonces un lugar encajado en el extremo norte del mar Adriático, con una ubicación ideal para recibir la plata recién descubierta en las minas alemanas. Pero con la necesidad no bastaba; todavía faltaba el azar: a Venecia le llegó su oportunidad con las Cruzadas, a finales del siglo XI. Para armar los barcos de los caballeros, financiados con el dinero robado a las comunidades judías masacradas a su paso, la Serenísima construía astilleros.

Aunque, a principios del siglo XIII, el saqueo de Constantinopla por parte de los cruzados y su partida de Venecia interrumpieron temporalmente ese tráfico, la Serenísima siguió siendo, durante todo ese siglo, la única protección de Europa frente a la amenaza turca, y punto obligado de paso de los productos de Oriente hacia el norte de Europa. Además, un puente audaz tendido sobre el Brenner abría la vía del San Gotardo y comunicaba directamente las minas de plata alemanas con el mar Adriático; dicho puente permitía que las ciudades del norte recibieran los productos procedentes de los imperios de Oriente sin tener ya que utilizar los puertos flamencos amenazados ni las arrogantes casas de comercio del norte de Europa. Alemania todavía no era más que un lugar de

paso, y los puertos del mar del Norte, desde Altona hasta Tallin, no llegarían nunca a ser capaces de alcanzar el rango de «corazón» y apenas el de «entorno».

Cuando, a mediados del siglo XIV, tras el final de la Gran Peste, Brujas entró bruscamente en decadencia, Europa experimentó un hambre voraz de vida y de placeres. Durante un siglo, Venecia se convirtió en el «corazón» del Orden mercantil. A la sombra de los turcos, la ciudad tomó el control del comercio de Europa con Oriente.

Como Brujas, Venecia estaba por aquel entonces gobernada con mano de hierro por príncipes que eran a la vez mercaderes y soldados. El *dux* («duque»), jefe del ejecutivo, en teoría elegido de por vida, podía verse obligado a dimitir bajo la presión de los oligarcas. La ciudad estableció por su propia cuenta las instituciones financieras y los talleres necesarios para los armadores, banqueros y mercaderes que en lo sucesivo acudirían a ella desde el mundo entero. En esta ciudad, todavía más que en Brujas, reinaba una formidable libertad intelectual, artística y humana, apropiada para favorecer todas las aventuras. Librando una guerra jamás ganada, jamás perdida, con el Imperio romano de Oriente, y más adelante con el Imperio turco, los dirigentes venecianos negociaban hábiles compromisos sin cesar, cambiando a menudo gloria por riquezas. Durante ese período, la guerra de los Cien Años agotó al resto de Europa.

En el Imperio chino, los golpes de Estado se sucedían: la dinastía Jin dejó el puesto a los mongoles, y luego, en 1368, a los Ming. Pese a estos desórdenes políticos, un excepcional dominio de la producción agrícola y una formidable organización burocrática permitieron que China realizara grandes progresos técnicos (como los caracteres móviles de la imprenta), produjera más de diez toneladas de hierro al año y financiara un ejército de un millón de hombres. La flota imperial, orientada de nuevo hacia el exterior, llegó hasta África y, bajo el mando de un tal Zheng He, alcanzó Australia y quizás incluso las Américas, sin dominar por ello las rutas comerciales, ni desear conquistar los mercados, ni tampoco difundir saber alguno. Otros imperios —el indio, el ruso, el mongol, el turco y el griego— seguían separando a China de Europa.

Venecia, una ciudad muy modesta comparada con esos vastos imperios, se convirtió entonces en el centro del mundo mercantil. Los venecianos fijaban los precios de las principales mercancías, manipulaban la cotización de su moneda, acumulaban beneficios y determinaban los cánones estéticos, arquitectónicos, pictóricos y musicales. Escritores, filósofos, arquitectos —cuyo maestro sería un poco más tarde Palladio— acudían a Venecia para escribir y teorizar sobre la libertad, antes de difundir sus ideas por toda Europa. La ciudad, que era católica, se distanció de Roma y no dejó que se le impusiera moral alguna. Venecia dominaba Europa: a finales del siglo XIV, cambistas venecianos controlaban todos los mercados financieros del continente, desde Francia hasta Flandes, desde Castilla hasta Alemania. Su poder era inmenso: por aquel entonces, el nivel de vida veneciano era quince veces más alto que el de París, Madrid, Amberes, Amsterdam o Londres.

Venecia era una ciudad compleja, gobernada por una limitada aristocracia y varios miles de estrategias de alta categoría. Bajo su dirección, los cien mil miembros de los gremios, asalariados protegidos con ingresos elevados, se encargaban del buen funcionamiento de los talleres. Por debajo de ellos, se afanaba el «proletariado del mar», es decir, cincuenta mil marineros sometidos a las leyes de un despiadado mercado de trabajo. Y muchos otros, precarios y de paso, mercenarios y cortesanas, religiosos, artistas o médicos.

La ciudad se dotó entonces de una flota de barcos comerciales de trescientas toneladas, que navegaban a la vez el remo y la vela: eran las *galere da mercato*, embarcaciones muy seguras y bien defendidas por mercenarios. Venecia las alquilaba a cárteles de mercaderes constantemente cuestionados: las necesidades militares, una vez más, se mezclan con las exigencias del comercio.

Como Brujas y los demás «corazones» posteriores a ella, Venecia no era el centro de la innovación tecnológica: el «corazón» no inventa; simplemente detecta, copia, pone en práctica las ideas de los demás. Lo mismo se podrá decir de todos los «corazones» que le seguirán. Así, en ese momento, Génova acuñó las primeras monedas de oro (el *genovino*) y Florencia inventó el cheque y el *bol-ding*, pero fue Venecia la primera que los dispuso en un sofisticado

sistema de bolsas, casas de comercio, bancos y sociedades de seguros. Y fue también en Venecia, donde, por primera vez, fletaron navíos sociedades de accionistas, financiadas por un gran número de pequeños ahorradores.

El mundo se convirtió en un campo de aventuras para los marineros, los descubridores y los exploradores al servicio de los venecianos, civilizadores a filo de espada. El resto de Europa formaba el «entorno». La «periferia» abarcaba toda Europa del Este, el norte de África, las costas africanas y el Imperio bizantino.

Luego, hacia el año 1450, la Serenísima empezó a necesitar dinero, como toda Europa. Para encontrarlo, buscó medios para llegar a esas tierras desconocidas que se describían en las leyendas, reinos maravillosos donde, según se decía, el oro se exhibía en cantidades ilimitadas. Por desgracia, los marineros venecianos regresaron con las manos vacías.

Venecia, que no estaba amenazada ni por Francia, ni por España, ni tampoco por Inglaterra, se convirtió entonces en una amenaza para sí misma. Su organización resultaba cada vez más costosa; sus gremios eran cada vez más rígidos; sus cárteles de galeras y sus ejércitos no tenían ya ni talla ni armamento suficientes para defender las rutas; los metales preciosos procedentes de las minas alemanas eran cada vez más escasos y más costosos. Sofocada por la presión turca, esta ciudad que se había enriquecido ya demasiado, en la que se amontonaban 100.000 habitantes, y en la que se vivía demasiado bien, empezó a adormecerse.

Esta súbita fragilidad hizo caer sobre Venecia enemigos que su poder había mantenido alejados. En 1453, los turcos, que prácticamente ocupaban ya la totalidad del antiguo Imperio romano de Oriente, tomaron Bizancio, sitiada desde hacía medio siglo, y cuestionaron el dominio de Venecia sobre el mar Adriático. El Imperio romano de Oriente llegaba a su fin. Señal de los tiempos: los griegos expulsados de Bizancio por los turcos no se refugiaron en Venecia, sino en Florencia. El momento de Venecia había pasado.

¿Quién podía entonces convertirse en el tercer «corazón»?

Florencia no podía serlo porque no era un puerto; y el puerto que utilizaba para vender sus magníficas telas, Génova, aún no estaba listo para tomar el relevo de la Serenísima. Brujas podría haber

vuelto al poder: la ciudad seguía siendo poderosa; atraía a artistas y mercaderes; Jan Van Eyck pintó allí, en 1434, el primer retrato de mercaderes de la historia de la pintura, el de dos florentinos establecidos en Brujas, los Arnolfini, marcando así la entrada del individuo laico en el arte. Pero en 1482 la prosperidad de la ciudad flamenca se desvaneció para siempre tras la muerte de María de Borgoña, que puso punto final al esplendor borgoñón del que dependía Brujas.

En aquella misma época, la China de los Ming les prohibió a sus súbditos construir navíos de alta mar y abandonar el país; la primera potencia del mundo decidía una vez más dejar de mirar hacia el exterior. Con ello se excluía así de nuevo, y esta vez por mucho tiempo, del Orden mercantil.

Ningún puerto de Francia, Inglaterra o Rusia poseía en ese momento los medios necesarios para sustituir a Venecia. En dichos países, los príncipes despilfarraban sus recursos en monumentos y se agotaban en vanos combates, mientras la burocracia se afanaba por controlarles los gastos.

Fue entonces cuando apareció la *carabela*: un foque, dos velas cuadradas y una vela latina hacían de ella una estructura con una movilidad perfecta. Acabaron de ponerla a punto hacia el año 1430, en Portugal, y podría haber dado el poder a los reyes portugueses, situados en un emplazamiento ideal para explorar las costas africanas y unir Flandes con el Mediterráneo; pero al rey Enrique y a sus sucesores les preocupaban más la gloria y la salvación que el comercio.

Sevilla también podría haberse convertido en el tercer «corazón»: Castilla y Aragón, en lo sucesivo unidas bajo una misma corona, contaban con una ubicación ideal para recorrer todos los mares, desde Flandes al Mediterráneo oriental. Cuando, en 1492, el genovés Cristóbal Colón salió en busca de oro por cuenta del rey de España y descubrió por casualidad un nuevo continente lleno de promesas, España aún podría haberse convertido en primera potencia del mundo, y Sevilla en el «corazón» del Orden mercantil. Pero el puerto castellano (con Cádiz río abajo) carecía de un territorio agrícola interior y no tenía confianza en sus propios banqueros y tampoco armadores con pericia; la ciudad confiaba demasiado en sus militares. Los Reyes Católicos y su corte no pensaban más que en

consumir perezosamente lo que iban robándoles a los indígenas que exterminaban en América. No desarrollaban ni tecnología, ni industria, ni red mercantil alguna. Peor aún: al expulsar a los judíos y moriscos, desalentaron a sus propias clases creativas, dejando el «corazón» sucesivamente a dos puertos, convertidos por los azares dinásticos en provincias del Imperio de los Habsburgo y a la vez en colonias españolas: Amberes y luego Génova.

Hacia 1500, tras un siglo y medio de reinado de Venecia, estas dos ciudades, una detrás de otra, le tomaron, en efecto, el relevo. «Corazones» de dos formas breves, se reparten el siglo XVI. Lección para el futuro: la apertura a las élites extranjeras es una de las condiciones del éxito.

AMBERES, 1500-1560: LA HORA DE LA IMPRENTA

Hacia 1500, llegó la hora de Amberes. Dotada de un amplio territorio interior donde se criaban las ovejas cuya lana tejía la ciudad, Amberes intercambiaba, desde hacía ya dos siglos, telas flamencas, sal zelandesa, cuchillería inglesa, cristal flamenco y metales alemanes, por productos de Oriente. La ciudad no tenía más que 20.000 habitantes cuando, hacia 1450, se convirtió en el principal lugar de intercambio de productos del norte de Europa por las especias que los navíos portugueses y españoles traían en ese momento de África y de Asia: pimienta, malagueta, canela, azúcar. Todos, incluso los ingleses y los franceses, acudían a Amberes para que les tiñeran sus tejidos con técnicas celosamente mantenidas en secreto. La Bolsa de Amberes se convirtió en el primer centro financiero de Europa en materia de seguros, apuestas y loterías; allí empezó a bosquejarse una sofisticada red bancaria que utilizaba nuevas monedas de plata cuya cotización se controlaba estrictamente para financiar el comercio exterior. Desprovista de ejército, Amberes dominaba la forma —como lo hicieron y harían en el futuro los demás «corazones»— por su capacidad de manejar los mercados financieros y de ponerlos a su servicio. Lección para el futuro: finanzas y seguros, estrechamente vinculados, constituyen una dimensión esencial de la potencia mercantil.

Amberes fue también —como lo serían más adelante otros «corazones»— el primer usuario industrial de una innovación tecnológica muy importante procedente de otro lugar: los *caracteres móviles de la imprenta*, invención china redescubierta en 1455 en Alemania y que al principio quedó reservada para los poseedores del saber religioso.

Se trataba del primero de una larga serie de avances encaminados a incrementar la velocidad de transmisión de los datos. La escritura se convirtió así en la primera riqueza cuyo coste marginal de reproducción era casi nulo. No sería la última. El libro se convirtió también en el primer objeto nómada producido en serie. Tampoco sería el último.

El éxito de la imprenta fue fulminante, por cuanto las nuevas clases dirigentes necesitaban lo que este nuevo invento favorecía: la libertad de expresión, el avance del individualismo y de la razón, la difusión del ideal judeo-griego.

Hacia 1490, es decir, apenas cuarenta años después de su introducción en Europa, ya había prensas en funcionamiento en 110 ciudades de Europa. Venecia ocupaba el primer lugar; la seguía luego Amberes, que, con los talleres de Christophe Plantin, desempeñaba un papel clave. En 1500 se habían impreso ya en Europa 20 millones de ejemplares. Desde Florencia, Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola permitían redescubrir, a través de sus libros, la herencia judeo-griega y árabe que la Iglesia había cuidadosamente censurado hasta entonces. Los nuevos lectores descubrieron entonces que la Biblia no decía exactamente lo que predicaban los sacerdotes; que existían también ensayos filosóficos, incluso novelas, donde se hablaba de razón y de amor; que un saber —judío, griego, romano, árabe, persa— se les había estado ocultando hasta ese momento. Muchos de ellos deseaban leer esos textos en un idioma distinto al latín, que ya no utilizaban; las lenguas vernáculas desplazaron entonces a la lengua de la Iglesia, que en poco tiempo quedó reducida a la lengua oficial de algunas cancellerías.

De hecho, en sólo unos decenios, la imprenta acabó con el sueño del Vaticano y el Imperio romano germánico de homogeneizar Europa en torno al latín y a la Iglesia.

Lección para el futuro: una nueva tecnología de comunicación, que se consideraba centralizadora, resulta ser el enemigo despiadado de los poderes establecidos.

En 1517, Lutero instó a sus fieles a que leyeran la Biblia, se enfrentó a la corrupción del papado y se alió con los príncipes alemanes contra la Iglesia y el emperador; el protestantismo se puso entonces al servicio del nacionalismo para anidar en él. Ya estaba todo listo para que empezara el tiempo de las naciones.

Carlos V, sucesor de los Reyes Católicos y los Habsburgo, que reinaba desde Madrid y Flandes, tuvo entonces que enfrentarse a la reivindicación independentista de los Países Bajos, sostenidos por Inglaterra, unos y otra convertidos al protestantismo. En vano intentó prohibir la presencia en Amberes de extranjeros, que seguían pese a todo afluyendo allí, acelerando el progreso y el dinamismo de la ciudad. Los principales banqueros alemanes —los Hösche, los Fugger, los Welser— se establecieron en la ciudad. Los barcos de América llegaban cargados de plata, que, a partir de entonces, fue la base del comercio de la ciudad. En 1550, en sus años de apogeo, Amberes contaba con 100.000 habitantes: el tamaño de los «corazones» aumentaba.

Transcurrido un tiempo, esta tercera forma del Orden mercantil empezó a debilitarse: una vez más, al igual que les había sucedido a las dos ciudades anteriores, Amberes dejó de tener ya medios para mantener sus redes. La explotación masiva de las minas de plata de América hizo bajar el valor del metal sobre el que se fundamentaba la red comercial de Amberes. El oro, encarecido y cuyo comercio no controlaba la ciudad, se volvió mucho más tentador para los especuladores. Además, las guerras de religión rompieron los vínculos marítimos entre los Países Bajos y España, y desconectaron a Amberes, que carecía de marina militar, de sus redes comerciales; la plata de América no podía ya subir hacia el norte y debía permanecer en Sevilla o partir hacia el Mediterráneo. Amberes se encontró entonces a merced de la menor crisis comercial y, en 1550, alcanzada por una especulación bursátil desencadenada en Sevilla, acabó por eclipsarse.

Francia, la nación más extensa y poblada de Europa, tenía entonces una segunda oportunidad de convertirse en el «corazón»

del capitalismo. Su nivel de vida aumentaba; su marina, mejoraba. En 1524, Jean de Verrazzano, un genovés naturalizado francés, tras partir de Honfleur por orden de Francisco I, fue el primero en penetrar en la bahía de Hudson. Sin embargo, al carecer de burguesía, de marina mercante y de un gran puerto en el Mediterráneo o en el mar del Norte, Francia no consiguió ubicarse en el «corazón». Además, su tamaño jugaba en su contra: su mercado interior era tan amplio que no necesitaba intentar exportar los productos de su industria o su agricultura, ni siquiera producir objetos de alto valor añadido.

En otros lugares, en Alemania y Polonia, el sistema feudal y la servidumbre persistían; la nobleza, inquieta por la aparición de la burguesía nacional, se contentaba con acoger a algunos mercaderes extranjeros que acudían allí a comprar trigo para el resto de Europa. Finalmente, pese al fascinante dinamismo mercantil de algunos puertos del Báltico, el norte de Europa permaneció al margen.

También España tuvo entonces una segunda oportunidad de alzarse a lo más alto: la plata y luego el oro de América, que en ese momento llegaban en grandes cantidades, le garantizaban una renta inmensa que podría haberle ayudado a convertirse finalmente en un «corazón». Pero la cultura de imperio reinaba en ese país más que nunca: los señores dominaban a los mercaderes; los soldados españoles recibían sueldos cada vez más altos, pero España no producía los textiles, las joyas, las armas con las que soñaban; era, por tanto, preciso importarlos de los Países Bajos y de Italia. Se desencadenó entonces la inflación: Castilla se endeudó, su moneda se desmoronó, y los banqueros abandonaron las plazas financieras de Madrid y Sevilla, que quebraron en 1557; luego, en 1560, le llegó el turno a la de Lisboa.

Amberes se vio entonces arrastrada por la caída española. El Atlántico no era ya lo bastante seguro para que el comercio mundial transitara por él.

El único puerto mediterráneo disponible, Génova, donde se encontraba el primer mercado del oro, se convertiría, hacia 1560, en el nuevo «corazón» y seguiría siéndolo durante poco más de un siglo. Era como si el Orden mercantil no acabara todavía de decidirse a abandonar el Mediterráneo que le había visto nacer.

GÉNOVA, 1560-1620: EL ARTE DE LA ESPECULACIÓN

A partir del siglo XIII, los hombres de negocios genoveses comprendieron que el poder político era fuente de dificultades. Para ejercerlo recurrieron a dos familias, los Visconti y los Sforza, y se concentraron en el comercio y las finanzas. En el siglo XIV —es decir, desde que la Iglesia les autorizó a ello— algunos de esos lombardos se convirtieron en banqueros y, finalmente, prestaron dinero a cambio de un interés; entre ellos había numerosos judíos conversos. Estos banqueros empezaron por financiar —con plata y oro— a la mayoría de los príncipes de Europa, y luego prestaron sus servicios a la mayor parte del comercio y de la industria textil florentina.

Su poder se basaba en una formidable capacidad de organización contable. De hecho, la contabilidad fue para Génova lo que había sido la imprenta para Amberes, o las *galere da mercato* para Venecia: una importante innovación estratégica que le garantizaba el poder sobre el conjunto de las redes mercantiles. Además, fue en Génova donde Patini y luego Massari inventaron las cuentas de pérdidas y ganancias, que se propagaron enseguida gracias a los libros del genovés Lucas Pacioli. Fue una revolución en el ámbito de la economía y la filosofía.

La contabilidad, en efecto, también es, como la filosofía, el arte de sopesar los pros y los contras; y la razón progresaba en Génova en torno a la figura del banquero que asumía riesgos, que especulaba sobre el futuro y que, por tanto, tenía que intentar preverlo. En Génova, como en otras partes, esta clase creativa estaba entonces particularmente influida por los escritos de judíos exiliados de España, como Isaac Abravanel, y por los de Jean Bodin, que fue en Francia el primero en teorizar el concepto de soberanía y en propugnar la tolerancia religiosa.

A comienzos del siglo XVI, tras pasar a estar bajo dominación española, Génova se convirtió, hacia 1560, en el primer mercado financiero de Europa, en el «corazón» del capitalismo de la época. Dueños de los mercados del oro, los banqueros genoveses fijaban los tipos de cambio de todas las divisas y financiaban las operaciones de los reyes de España y Francia, de los príncipes italianos, alemanes y polacos.

Puesto que ningún puerto podía llegar a ser un «corazón» sin controlar también la agricultura y la industria, el territorio interior de Génova, que se extendía mucho más allá de la riquísima Toscana, se convirtió en una gran potencia industrial, lanera y metalúrgica. Génova dio entonces el último coletazo del mundo mediterráneo, el último eco del sueño de Atenas, de Roma, de Florencia, de Carlos V y de Felipe II.

Luego el Atlántico volvió a convertirse en un mar tranquilo: en 1579 —o sea, ocho años después de la inútil victoria que el hijo secreto de Carlos V, al mando de las flotas de Venecia y de España, obtuvo en Lepanto contra los turcos de Selim II— los españoles fueron expulsados de los Países Bajos, acontecimiento que, aunque mucho menos célebre que el anterior, tuvo sin duda mayor alcance. La flota inglesa, recién llegada a los mares y bajo el mando de grandes capitanes como Francis Drake y Thomas Cavendish, iba a robar el oro español que seguía llegando de América. En 1588, la Armada Invencible española, pesada y mal armada, naufragó frente a las costas de Inglaterra; dos tercios de sus marinos y de sus barcos desaparecieron ante las naves inglesas, armadas con cañones mucho más precisos. El Atlántico se abrió entonces de nuevo a los navíos mercantes, en particular genoveses, holandeses, ingleses, franceses, y se convirtió en el nuevo lugar del comercio.

Mientras que en 1598 China derrotaba a los japoneses en Corea, aunque sin ocuparla (esto volvería a producirse tres veces más y fijaría reglas esenciales para el futuro), Génova empezaba a agotarse: la ciudad ya no poseía recursos humanos ni financieros suficientes para resistir a sus competidores en todos los frentes. Desprovista de ejército, no podía impedir que los holandeses, libres por fin, tomaran el control de las nuevas rutas del Atlántico y atrajeran el oro y la plata de América que un siglo antes Amberes había codiciado en vano. Génova, como ya le había sucedido a Amberes, quedó entonces quebrantada por una nueva recesión general procedente de España.

Nacida de un golpe bursátil que había debilitado a Amberes, Génova, hacia 1620, se eclipsó, pues, por un golpe de fuerza que consolidó a Amsterdam. Y, con Génova, el Mediterráneo se alejaba para siempre.

Así, hacia 1620, el centro del capitalismo se desplazaba por segunda vez hacia el Atlántico. No habría vuelta atrás: el Mediterráneo se convirtió definitivamente en un mar secundario. Los países que lo rodeaban —el reino de España, los principados italianos, el sur de Francia— se debilitaron. Incluso perdieron para siempre el contacto con el «corazón». Su nivel de vida sería desde entonces inferior al de las nuevas potencias.

Los Países Bajos realizaron un avance considerable: el nivel de vida de las Provincias Unidas superaba en ese momento al de Génova y Venecia. Era cinco veces superior al de los reinos de Francia, España e Inglaterra.

La lógica que está en movimiento es siempre la misma: la de la progresiva expansión del espacio mercantil, del campo de la industria, de las finanzas y de la tecnología. Y esta lógica puso en el poder a una nueva clase creativa, dirigista y libre a la vez, en un puerto moderno, dotado de un amplio territorio agrícola interior, de una industria naval, de una marina militar y mercante, que acogía a financieros, armadores, comerciantes, innovadores y aventureros. Esta lógica amplió poco a poco los derechos de los asalariados e hizo desaparecer el trabajo forzado, y asumió en todo el planeta el control de las fuentes de materia prima y de los mercados.

El Atlántico se convirtió así, por casi cuatro siglos, en el primer mar del mundo.

AMSTERDAM, 1620-1788: EL ARTE DE LA URCA

Después de Amberes y Génova, fue Amsterdam la que reconstruyó las redes de un «corazón». Para financiar la importación de sus alimentos, Amsterdam, en su territorio interior, cultivaba productos agrícolas sofisticados (lino, cáñamo, colza, lúpulo), criaba ovejas, y desarrolló la industria de los colorantes y la mecanización del hilado. Esto le permitió, una vez industrializada la producción de alimentos, empezar a industrializar la producción de ropa. Amsterdam teñía los tejidos de lana virgen de toda Europa, incluso los de Inglaterra, pese a las prohibiciones proteccionistas del gobierno de Londres. Con los excedentes así obtenidos, la ciudad podía

industrializar la producción de un barco excepcional, inventado en 1570: la *urca*. Era mucho más rentable que los anteriores, ya que se podía fabricar en serie y funcionaba con una quinta parte de la tripulación habitual.

A principios del siglo xvii, Amsterdam se transformó en un inmenso astillero de producción, venta y mantenimiento de barcos. Sus talleres utilizaban grúas y sierras movidas con el viento. Su flota llegó a ser enorme, excepcionalmente bien armada, incomparable con la de los demás países: barcos de 2.000 toneladas, con 800 personas a bordo, transportaban seis veces más mercancías que todas las flotas europeas juntas, es decir, la tercera parte de los granos, de la sal y la madera, y la mitad de los metales y los textiles de toda Europa. Y, puesto que la guerra siempre favorece el comercio, la marina militar holandesa asumió el dominio de los mares, desde el Báltico hasta América Latina; incluso recuperó el control comercial de Sevilla, que seguía siendo el puerto de llegada de los metales de América. La Compañía de las Indias, y luego la Bolsa y el Banco de Amsterdam, transformaron entonces esta potencia naval en dominación financiera, comercial e industrial; fue también en Amsterdam donde se tuvo la idea, en 1604, de financiar operaciones industriales terrestres mediante sociedades por acciones.

Esta forma, como las precedentes, sustituyó nuevos servicios por productos industriales, y nuevos trabajadores forzados por asalariados; cada vez concentró más las riquezas en un número reducido de manos, y concedió mayores libertades a los ciudadanos y los consumidores, generando al mismo tiempo mayores alienaciones para los trabajadores.

Este quinto «corazón» ya no era sólo una ciudad, sino toda una región; la industria estaba en Leiden, y los astilleros, en Rotterdam. Los regentes burgueses de Amsterdam dominaban la provincia y controlaban los excedentes, pese a los conflictos entre el gran gobernador de Holanda y el *stadhouder* de las Provincias Unidas. Aunque la esclavitud había desaparecido por completo, al menos en las Provincias Unidas, el pueblo trabajaba duro y en ocasiones incluso pasaba hambre. El protestantismo liberaba también de toda culpabilidad con respecto a la riqueza: La Iglesia ya no estaba allí para monopolizar las fortunas. La vida pública era fastuosa, la

vida intelectual, intensa: sociedades científicas intercambiaban ideas; universidades célebres acogían a los extranjeros, como por ejemplo a Descartes, y, antes que él, a judíos expulsados de España; uno de sus descendientes, Baruch Spinoza, se atrevió, hacia 1650, a pensar en un mundo en el que Dios se confundiría con la Naturaleza, sin imponer moral alguna a los seres humanos, decididamente solos y libres.

El resto del mundo asistía, fascinado, a este triunfo que duraría casi dos siglos: sería la forma mercantil más larga de todos los tiempos.

Sin embargo, los libros de historia, al contar este período, hablan más del destino de los monarcas que del de las riquezas: en 1644, cuando los nómadas manchúes derrocan la dinastía de los Ming y fundan la dinastía Qing, esta vez con Pekín como capital, el imperio del Centro era todavía la primera potencia económica mundial. Los Qing permanecerían en el poder durante dos siglos y medio. Ese mismo año, en Francia, el rey Luis XIV subió al trono y, en 1648, puso fin a la guerra de los Treinta Años que estaba desangrando a Europa; pese a su aparente esplendor, el Rey Sol no poseía los medios necesarios para rivalizar con las Provincias Unidas: en 1685, fecha de revocación del edicto de Nantes, la renta *per capita* de los habitantes de Amsterdam era ya cuatro veces superior a la de los parisinos; y la diferencia se incrementó todavía más cuando los protestantes abandonaron Francia.

El mundo había cambiado: Brujas ya no era más que una ciudad de segundo orden; Amberes, un suburbio de Amsterdam; Génova, como toda la Lombardía, se iba debilitando poco a poco, excluida de los principales circuitos comerciales. Venecia ya sólo era un magnífico punto de escala del comercio con Oriente; España estaba confinada detrás de los Pirineos. China empezaba a dirigir un poco más la mirada hacia el exterior: En 1683, el emperador ocupó la isla de Taiwan. Aparecieron potencias nuevas: Austria se plantó como una muralla frente a los turcos; en 1689, Rusia entró en el concierto internacional con Pedro el Grande; Prusia siguió sus pasos en 1740, con Federico de Hohenzollern. En 1720, la China de los Ming tomó el Tíbet, luego Altai —el Xinjiang actual—, una región musulmana. Durante esa época, decenas de millones de africanos, vendidos como esclavos por mercaderes árabes, fueron de-

portados por portugueses, españoles, holandeses, ingleses y franceses hacia las diversas colonias. Como desde el inicio del Orden mercantil, la geopolítica evolucionaba más con el comercio y la economía que con las dinastías.

El siglo XVIII volvió a ser para los Países Bajos, la primera cuasi-democracia, un siglo de triunfos; y, para sus rivales, un tiempo de fracasos. Con sus casi 300.000 habitantes, Amsterdam dirigía con mano maestra la política de Europa. Su marina controlaba todos los mares; sus banqueros reinaban sobre los tipos de cambio; sus comerciantes fijaban los precios de todos los productos. Pese a su aparente poderío, Francia, el país más poblado de Europa, sufría un revés tras otro: fracaso militar en los mares; fracaso diplomático en las Indias, en Luisiana, en Canadá; fracaso financiero con la quiebra de Law. Aunque en 1714 la nobleza financiera pudo finalmente comenzar a comerciar sin transgredir las leyes, la minúscula burguesía francesa no parecía interesarse ni por la marina, ni por la industria moderna; la economía francesa se contentaba con vegetar en las industrias obsoletas del capitalismo agrícola (la alimentación, el cuero, la lana) que los audaces comerciantes de las Provincias Unidas estuvieron encantados de cederle.

Durante esta época, en China, la triple cosecha anual de arroz permitió que la población aumentase de 180 a 400 millones, y se situase muy por delante de todos los demás países del mundo. El emperador no reaccionó ante la llegada de comerciantes holandeses que habían acudido al país para establecerse en el océano Índico y comerciar en Cantón.

Y, sin embargo, hacia 1775, un siglo y medio después de haber tomado el poder, esta quinta forma mercantil declinó como sus antecesoras y por las mismas razones: los buques de guerra holandeses habían dejado de ser los más poderosos; los mares ya no eran seguros para ellos; la defensa de las rutas comerciales resultaba cada vez más costosa para los Países Bajos; la energía que sus industrias utilizaban —la madera de los bosques que servía también para construir los barcos— se estaba agotando; sus tecnologías de colorantes y de armamento naval ya no progresaban; los conflictos sociales se exacerbaban; los salarios aumentaban; las prendas de lana de Amsterdam empezaron a encarecerse.

Lección para el futuro: ningún imperio, por muy eterno que parezca, puede durar siempre.

En otras partes de Europa, las burguesías mostraban su descontento y reclamaban libertades; empezó a desarrollarse el nacionalismo. Una señal precursora que no engaña: los príncipes de todas las cortes de Europa exigían ahora a sus músicos que eligieran para sus operas libretos escritos en su lengua nacional y no en italiano, como había sido costumbre hasta ese momento. La música, anunciadora del futuro.

En 1776, las colonias británicas de América se declararon independientes; en 1781, la marina francesa, por una vez eficaz, permitió que los insurrectos americanos ganaran la batalla de Yorktown. En Europa, los pueblos hambrientos mostraban su descontento. En el continente, la guerra amenazaba por doquier. Los armadores, seguidos por los financieros holandeses más importantes, abandonaron entonces los Países Bajos para establecerse en Londres, que se había convertido en la ciudad más segura y más dinámica.

Como siempre, el declive de un «corazón» queda ratificado por una crisis financiera. En 1788, los bancos de los Países Bajos quebraron; en vísperas de la Revolución Francesa, el «corazón» del capitalismo cruzó definitivamente el mar del Norte para instalarse en Londres, donde democracia y mercado progresaban al mismo ritmo.

LONDRES, 1788-1890: LA FUERZA DEL VAPOR

Desde el siglo XVI, Inglaterra dominaba las tecnologías del tejido de la lana, la extracción del carbón y la fabricación del cristal. La abundancia de ríos, que servían principalmente de fuentes de energía, favorecía, en el Lancashire, la mecanización del hilado de una nueva materia prima textil, rival de la lana: el algodón, conocido desde hacía ya mucho tiempo en Europa y redescubierto por los ingleses en la India. Para disponer de esta fibra vegetal, en lo sucesivo tan estratégica como el oro y la plata del Perú, la Compañía inglesa de las Indias se hizo con el control de la India, de América del Norte y del sur de Asia, tierras algodonerías. El primer puesto inglés de avanzada en el sur de Asia se estableció en 1619 en Surat, en

la costa del noroeste de la India. Un poco más adelante, la British East India Company, que administraba esos territorios para su único y exclusivo beneficio, estableció factorías comerciales permanentes en Madrás, Bombay y Calcuta. Los ejércitos ingleses hicieron otro tanto en América del Norte. Inglaterra importaba entonces de sus colonias todos los productos posibles (lana, algodón, seda, cuero, estaño, tabaco, arroz, índigo) a muy bajo precio y, a continuación, los devolvía, a alto precio, en forma de prendas de vestir y objetos preciosos.

En 1689, hubo un terremoto político en Londres: los príncipes reales, María y Guillermo de Orange (educados por el Parlamento tras el asesinato de su abuelo, Carlos I, y, más tarde, de su madre, María Estuardo, y devueltos al trono tras la dictadura de Cromwell), otorgaron al Parlamento, libremente elegido por la burguesía, el derecho de fiscalización en los asuntos públicos. Quedaba así promulgada, tras los primeros esbozos holandeses, el acta de nacimiento de la democracia moderna: el Parlamento votaba las leyes, garantizaba las libertades individuales y autorizaba al rey a reclutar tropas y a hacer la guerra. Inglaterra es la primera *democracia de mercado*.

Ese mismo año, en Londres, John Locke publicó un *Tratado sobre el gobierno*, donde exponía esa teoría del gobierno democrático y presentaba la libertad individual como un derecho natural e inalienable. Ese mismo año, en Francia, nace Montesquieu, que elaboraría la teoría sobre la separación de los poderes y la libertad política. A partir de entonces, las naciones se construirían en torno a un ideal de igualdad; las diferencias, sin embargo, aunque mal vistas por la democracia, seguirían siendo necesarias para el mercado. El ideal judeo-griego continuaba extendiendo su imperio.

En el siglo XVIII, la riqueza de Gran Bretaña fue aumentando y se proyectó en el mundo; sus intercambios exteriores se multiplicaron por seis; la participación de las exportaciones sobre su renta nacional se triplicó, liberando un excedente que financió la modernización de su industria y desarrolló una nueva clase creativa, burguesa e industrial.

Como en el caso de los «corazones» anteriores, esta toma del poder mundial por parte de los comerciantes británicos era tre-

mendamente voluntarista. En 1734, a raíz de un concurso organizado por el Parlamento, un carpintero-relojero inglés, John Harrison, puso a punto el primer cronómetro de marina; pesaba 32,5 kilos. Esta importante invención, muy deseada por el poder político, mejoró notablemente la localización de los barcos y, por tanto, permitió reducir la duración de los viajes transoceánicos. El cronómetro le concedió pues a Gran Bretaña el dominio del mar abierto y facilitó una explotación sistemática del resto del mundo. En 1757, las tropas de la Compañía inglesa de las Indias Orientales tomaron el control de Bengala e impusieron a los artesanos bengalíes unos precios tan bajos por su algodón que el hambre mató a casi 10 millones de personas. Tras tres guerras con Holanda, los ingleses se hicieron por fin con el control total de los mares; en particular, el del comercio de los metales preciosos de América, que los holandeses habían arrebatado a los españoles hacía ya 150 años.

En 1776, año en que Adam Smith publicó el primer libro de referencia sobre la economía de mercado (*Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*), Inglaterra tuvo que renunciar a su soberanía sobre una parte de América del Norte y conservó únicamente lo que le importaba de verdad: el algodón —y los esclavos que aseguraban su producción a bajo coste—. El gobierno de William Pitt enderezó la situación económica del país aplicando la doctrina de Adam Smith; en 1786, firmó incluso un tratado de libre cambio con su mayor rival, Francia.

Inglaterra, en apariencia inmutable, estaba en realidad soterradamente conmocionada: los campos empezaban a animarse con la privatización de las tierras comunales; las carreteras, gracias a las nuevas leyes sobre los pobres, eran cada vez más seguras; las antiguas élites se venían abajo; una nueva clase creativa, la *gentry*, integrada por nobles sin tierras, tomó las riendas, y una aristocracia minúscula acabó controlando la totalidad de la renta territorial. Todo inglés empezó a pagar entonces el impuesto indirecto, mientras que, en Francia, la talla, un impuesto directo, sólo lo pagaba el tercer Estado.

Inglaterra, pese a que su población era tres veces inferior a la de Francia y su renta *per capita* no llegaba a la mitad de la del país ve-

cino y a la quinta parte de la de los Países Bajos, poseía entonces una marina de guerra igual a la de Francia.

Al finalizar el siglo XVIII, la mayor parte de la lana inglesa se seguía tiñendo en Flandes y en las Provincias Unidas y el comercio de los productos británicos estaba todavía parcialmente controlado por los holandeses.

Y, sin embargo, a lo largo de veinte años, entre 1790 y 1810, mientras el continente se veía asolado, Londres fue haciéndose con el dominio del mundo. Una vez más, mientras un país intenta derribar a otro, el mercado le otorga el poder a un tercero. Una vez más, un conflicto determina brutalmente una sucesión que se consideraba imposible. Una vez más, al igual que en las cinco mutaciones precedentes, esta transmisión del poder entre dos puertos empieza en el ámbito rural.

Pues la tierra seguía proporcionándolo todo: alimentos, ropas, herramientas, madera para producir energía y construir barcos. Es ahí también donde se producía la renta territorial que financiaba la industria y generaba los primeros beneficios. En 1768, una nueva máquina de tejer, inventada por Richard Arkwright y que funcionaba con la energía de la corriente de los ríos, mejoró aún más espectacularmente la productividad de la industria textil.

Sin embargo, en Inglaterra la falta de energía era todavía más penosa que en los Países Bajos: los pocos bosques de los que disponía debía conservarlos como oro en paño para el armamento naval, absolutamente estratégico; y, como no tenía alta montaña, no disponía de torrentes.

Para encontrar la energía que le faltaba, la *gentry* recurrió a la innovación tecnológica aportada por Denis Papin, un francés al que, debido a la abundancia de los bosques franceses, no escucharon en París: era la máquina de vapor. Patentada por el inglés James Watt, en un principio permitió a los ingleses extraer el carbón de su suelo y utilizarlo para alimentar las nuevas máquinas de tejer que Edmund Cartwright inventó en 1785. En diez años, la productividad del hilado del algodón se multiplicó por diez. La idea de la máquina había triunfado; hasta el punto de que, en 1812, Inglaterra llegó a declarar reo de muerte a quien destruyera una máquina industrial.

Lección para el futuro: la carencia es lo que fuerza a ir en busca de una nueva riqueza. Para los ambiciosos, la escasez es una bendición. Otra lección: no importa quién invente una tecnología, lo importante es estar en situación —cultural y política— para poder desarrollarla.

Y Francia habría podido, una vez más, convertirse en el rival de Inglaterra. Hacia 1780 tenía los ingenieros, los mercados, las técnicas, y la libertad intelectual necesarios para ello. Pero, aun cuando le hablaba al mundo de libertades, no poseía ni un puerto importante, ni una marina eficaz, ni apetencia por las élites extranjeras, ni tampoco curiosidad por las máquinas industriales. Pese a los ideales de la Ilustración, Francia siguió dominada por una casta territorial y burocrática que monopolizaba la renta agrícola sin orientarla hacia la innovación. En lugar de dedicar sus escasos recursos a la construcción de una industria, la monarquía francesa prefirió perjudicar a la inglesa respaldando la independencia de una parte de las colonias americanas. En 1778, cuando Francia estaba ya agotada por las guerras, y a punto de enfrentarse a un período de sequía, estallaron en París primero una crisis financiera y, a continuación, una crisis alimentaria.

A partir de 1789, con la Revolución Francesa, dedicada por completo a liberar a Europa de los emperadores, los pocos comerciantes del país huyeron al extranjero. En 1798, el último de los ciento veinte *dux* de la historia de Venecia abdicó por orden del general Bonaparte y los últimos financieros franceses se establecieron en Londres.

También en este caso la adversidad fue, para el futuro «corazón», una oportunidad: la Revolución Francesa, que dejó a Inglaterra fuera del mercado continental, incitó a los comerciantes británicos a ampliar su horizonte. Y este pequeño país, entonces casi tan poco poblado y tan pobre como Irlanda, totalmente volcado en un ambicioso proyecto, como todos los «corazones» anteriores, y equipado con la mayor flota del mundo, se puso a producir para todos los mercados del mundo. En lo sucesivo, la mayoría de los capitales europeos se manejarían desde Londres, a cubierto de los conflictos: en veinte años, la libra sustituyó al florín holandés y se convirtió en la primera moneda del comercio mundial.

Durante esta época, los nuevos Estados Unidos de América acogieron a millones de inmigrantes que huían de una Europa en guerra hacia una tierra sin memoria que, poco a poco, iba desembarazándose de sus indígenas: una situación ideal para construir allí una democracia de mercado, sin rentistas ni señores, enteramente al servicio de los comerciantes.

En 1803, mientras se preparaba el desembarco francés en Inglaterra, Napoleón transformó Francia en una economía de guerra y vendió Luisiana a Estados Unidos por 15 millones de dólares; ese mismo año, el emperador rechazó un invento que le presentó un mecánico americano, Robert Fulton: el uso del vapor para mover una rueda de barco. Napoleón no vio en ello posibilidades de uso militar. En 1807, mientras se desarrollaban las batallas de Eylau y de Friedland, Fulton, de nuevo en Estados Unidos, construyó allí el primer barco de vapor, el *Clermont*. Los ingleses se apoderaron de inmediato del invento. En 1814, en plena guerra contra el agonizante Imperio francés, Stephenson construyó en Londres la primera locomotora. Ironía de la historia: la primera potencia naval del mundo iba a revolucionar los transportes terrestres.

El final de las guerras napoleónicas abrió de nuevo el continente europeo a los productos ingleses. Londres ya era entonces una ciudad muy grande, en la que habitaba la cuarta parte de la población del país. Fue allí donde, en 1815, el banco de los Rothschild, la primera estructura financiera multinacional, procedente de Francfort, impuso su arte de los mercados y, en virtud del ahorro europeo, hizo posible financiar la siderurgia, el ferrocarril y los barcos de metal ingleses.

En 1821 se pone en funcionamiento en los alrededores de Londres la primera línea de ferrocarril.

En 1825, en Gran Bretaña, el valor añadido industrial de un país superó por primera vez en la Historia el de su agricultura (en Prusia, este giro no tendría lugar hasta 1865; en Estados Unidos, en 1869; y en Francia, en 1875). Mientras que, a comienzos del siglo XIX, la alimentación representaba más del 90 % de los gastos de consumo de los británicos, en 1855 no llegaba a los dos tercios, y la cantidad que se destinaba a la vestimenta, en cambio, se había duplicado en ese medio siglo.

Entre 1800 y 1855, el precio de coste de los tejidos de algodón inglés se dividió por cinco, mientras que la producción se multiplicó por cincuenta. Las cotonadas, que en 1800 no representaban más que un tercio de las exportaciones inglesas, en 1855 constituían ya el 50 %.

El empleo industrial, sin embargo, seguía siendo una actividad marginal: en 1855, los obreros no representaban más que el tercer grupo de los trabajadores ingleses, por detrás de los campesinos y los empleados domésticos. Aun cuando las tres cuartas partes de los obreros de la industria textil inglesa eran mujeres y niños, la mayor parte de las mujeres no percibían salario alguno y seguían encargándose de las tareas del hogar, contribuyendo con ello a mantener en la ciudad un cierto modo de vida rural. Encargarse del hogar: función muy importante, estratégica, con peso en la rentabilidad de la economía, y que un siglo más tarde será parcialmente industrializada.

En ese momento, la eficacia del «corazón» era tal que los impuestos británicos pudieron bajar hasta el punto de que, mientras en 1820 representaban un tercio de la renta nacional, en 1860, no eran más que la décima parte.

Esta sexta forma del Orden mercantil, como las cinco precedentes, transforma servicios nuevos en productos industriales, y nuevos campesinos en asalariados precarios; concentra cada vez más riquezas en cada vez menos manos; y suscita mayores libertades para los ciudadanos y los consumidores, y mayores alienaciones para los trabajadores.

La proletarianización de los campesinos, iniciada con la privatización de la tierra comunal, se aceleró. Para vigilar y controlar los movimientos de obreros y revolucionarios aparecieron los documentos de identidad: quienes trabajaban se volvieron en lo sucesivo tan peligrosos como los desempleados. Las condiciones de trabajo de los obreros eran peores que las de los campesinos y artesanos: en la ciudad, más de uno de cada tres niños moría de hambre o víctima de alguna enfermedad antes de cumplir los 5 años; ése fue el caso de tres de los seis hijos de un refugiado político alemán recién desembarcado en Londres tras el fracaso de la Revolución de 1848: Karl Marx.

El progreso todavía pasaba por la aceleración de los viajes: en 1850, el vapor empezó a reemplazar la vela en el transporte de viajeros, mercancías e información. El telégrafo se encargó de agilizar la transmisión de esta última. Ambos inventos aceleraron la mundialización, en marcha desde el inicio del Orden mercantil; la vuelta al mundo estaría en lo sucesivo al alcance de los ejércitos, de los comerciantes e incluso de los primeros turistas.

La democracia progresaba con el mercado: en Gran Bretaña, al igual que en Francia y en algunos escasos países de Europa y América, el número de burgueses autorizados a votar fue aumentando poco a poco. Lección para el futuro: el Estado autoritario crea el mercado, que a su vez crea la democracia.

Por vez primera, el «corazón» del Orden mercantil era también la capital del imperio que dominaba política y militarmente. Los Países Bajos habían empezado su declive; Francia y Alemania se quedaron en el «entorno», donde se instaló también Estados Unidos después del descubrimiento de las minas de oro de California. El Orden mercantil penetró aún más en Asia: a partir de 1857, los ejércitos británicos sustituyeron la Compañía de las Indias Orientales y asumieron así directamente el control de la India. En 1860, los ejércitos ingleses asolaron China para vender allí opio, y consiguieron Hong Kong y otras «concesiones». Ocho años más tarde, Japón, que no quería sufrir la misma suerte, decidió imitar a Occidente y, de la noche a la mañana, transformó a los siervos en obreros urbanos.

A partir del año siguiente, con la apertura del canal de Suez, los soldados y, más adelante, también los comerciantes británicos pudieron trasladarse a Oriente aún con mayor rapidez, para así destruir, también con mayor rapidez, la industria textil india e imponer, en nombre de la libertad comercial y la democracia, lo que era bueno para la industria británica.

Como todos los «corazones» precedentes, Londres se convirtió en el lugar donde se daban cita todos los innovadores, creadores, industriales, exploradores, financieros, intelectuales y artistas del mundo, desde Dickens hasta Marx, desde Darwin hasta Turner.

Pero Londres se cansó de su propia dominación; primero, el país pareció asustarse de la velocidad terrestre: en 1865, la *Loco-*

motive Act redujo la velocidad autorizada de los trenes a 2 millas por hora en la ciudad y a 4 millas por hora en campo abierto. Pero no era eso lo más grave: en Estados Unidos, tras la guerra de Secesión, se liberó a los esclavos y el precio del algodón que los ingleses compraban a los Estados del Sur subió. La City, centro financiero del mundo desde 1790, se vio también amenazada por el nacimiento de nuevos bancos en Estados Unidos. La misma amenaza experimentó la libra ante el dólar. Para mantener su poder, la banca inglesa tuvo que recurrir a la especulación para mantener su rentabilidad.

A partir de 1880, los rivales prusianos, franceses y norteamericanos empezaron a ser más insistentes: nuevas tecnologías y notables descubrimientos desencadenaron en Londres una especulación bursátil —«burbuja» se la llamó— que, en 1882, provocó quiebras bancarias en la City. Lección para el futuro: una vez más, la quiebra del lugar financiero dominante ratifica el final de un «corazón».

Por primera vez, no había ningún puerto, ninguna nación de Europa que estuviera en situación de tomar el relevo de Londres, aun cuando Prusia, que reunía toda Alemania a su alrededor, se había convertido en una gran potencia, y aun cuando Francia continuaba aspirando a serlo.

El «corazón» prosiguió el periplo que en el siglo XIII había iniciado hacia el oeste, y atravesó el Atlántico: tras un siglo de dominación, Londres cedió su lugar a Boston.

BOSTON, 1890-1929: LA EXPLOSIÓN DE LAS MÁQUINAS

El caballo le dio a Asia central el poder frente a Mesopotamia; el timón de codaste llevó dicho poder a Europa; la galera permitió que Venecia superara a Brujas; la imprenta fue para Amberes la clave del triunfo; la carabela posibilitó el descubrimiento de América; la máquina de vapor le dio el éxito a Londres. Una nueva fuente de energía (el petróleo), un nuevo motor (de explosión) y un nuevo objeto industrial (el automóvil) conferirían el poder a la Costa Este de Estados Unidos y a su ciudad entonces dominante, Boston.

El modo de transporte de la energía y de la información, cuyas mutaciones ya habían acelerado varias veces el curso de la Historia, se presentaría de ahora en adelante como una máquina, como un producto industrial de masas para uso privado, sustituto del caballo, la carroza, la diligencia e incluso el ferrocarril.

Francia, por tanto, parecía tener, por tercera vez, la ocasión de convertirse en el «corazón»: disponía, en efecto, de una excelente red viaria heredada de la monarquía; y, sobre todo, estaba en la vanguardia de la innovación técnica: había sido un francés, Alphonse Beau de Rochas, quien en 1862 había inventado el vehículo automóvil equipado con un motor de explosión.

Sin embargo, fue en Estados Unidos donde se instaló el nuevo «corazón»: mientras que Europa, y, en particular, Francia, no veía en el automóvil más que un vago sustituto de la carroza, los colonos americanos, acostumbrados a ir sobre ruedas desde los inicios de la conquista del Oeste, obsesionados por reducir la duración de los trayectos interiores, de naturaleza emprendedora y carácter individualista, e incapaces por tanto de aceptar el tren, eran los que mejor situados estaban para hacer del vehículo automóvil un producto fabricado en serie. Por lo demás, la ausencia de tradición artesanal les permitía aceptar con mayor facilidad el trabajo en cadena que requería la producción masiva.

Boston sería el primer centro de ese capitalismo estadounidense.

En el siglo XVII, un grupo de puritanos procedentes de Inglaterra decretaron que tener éxito material nos demuestra que formamos parte de los elegidos de Dios, y que, por tanto, tenemos acceso al paraíso. En otras palabras, hacer fortuna era noble; y era incluso moralmente respetable alardear de ser rico.

Boston se convirtió entonces en el primer puerto de América; exportaba ron, pescado, sal y tabaco. A principios del siglo XIX, la región noreste de Estados Unidos era el mayor centro manufacturero del continente: allí se fabricaban prendas de vestir, se trabajaba el cuero, se producían máquinas; era también ahí donde se concentraba la industria pesquera; en 1855 empezó a extenderse la inquietud por la desaparición de las ballenas y, por tanto, por el riesgo de escasez de aceite. Por aquel entonces se instaló en la región todo lo que un «corazón» necesita: la banca en Nueva York, y

la marina y la industria entre Boston y Chicago, pasando por Baltimore, Detroit y Filadelfia. Allí se desarrollaron un sinnúmero de importantes inventos —en su mayoría llegados de Europa—, entre ellos la lámpara eléctrica y el gramófono de Thomas Edison, y el teléfono, inventado por un inmigrante italiano y explotado comercialmente en Estados Unidos en 1877, dos años antes que en Francia.

A diferencia de todas las demás posibles grandes potencias y de todos los «corazones» precedentes, Estados Unidos no tenía en su propio continente ningún rival creíble. Podía, por tanto, intervenir libremente a nivel mundial, sin riesgos ni amenazas para su propio territorio. No tardó en controlar toda América Latina y parte de Asia, desde Filipinas hasta Corea.

Allí, además, esta evolución conectaba perfectamente con la historia del Orden mercantil, que siempre se extiende allí donde un pasado sedentario no frena la movilidad que dicho Orden exige; allí donde una burguesía puede tomar el poder sin guillotinar a una nobleza.

A partir de 1880, coincidiendo con la decadencia de Gran Bretaña, una terrible recesión hizo estragos en el norte de Europa, desde Islandia hasta Polonia, y provocó el movimiento de población más formidable de la Historia desde los inicios de la vida sedentaria: entre 1880 y 1914, 15 millones de europeos, es decir, la quinta parte de la población del continente y un tercio de los ahorros del mundo, emigran hacia el continente americano. ¡Algo así como si, actualmente, toda la población de Francia, Bélgica y los Países Bajos abandonaran Europa en un período de treinta y cinco años!

Gracias a largas y violentas luchas sociales, la nueva clase obrera estadounidense consiguió tener salarios menos miserables, lo cual le permitió adquirir bienes básicos, alimentarios y textiles, y, por tanto, enriquecer a la burguesía, que se convirtió en cliente de la naciente industria automovilística.

Por lo demás, todo giraría en lo sucesivo en torno a esta nueva industria, instrumento de una nueva libertad individual. Y todo se estructuraría en torno a una nueva burguesía bostoniana, tan bien descrita por Henry James, y cuyos valores retrata perfectamente la pintura de James Whistler.

El motor de explosión empezó a utilizarse en Estados Unidos en 1880 (trece años después de su invención en Francia) en máquinas-herramienta. Luego, hacia 1890, se empleó en lo que llegaría a ser el *automóvil*, y en los primeros aeroplanos. En 1897, se inauguró en Boston el primer metro de América del Norte. En 1898, en Estados Unidos existían ya cincuenta marcas de automóviles. Entre 1904 y 1908 se crearon otras 241 marcas, entre ellas la de Henry Ford, en junio de 1903, en Detroit. Este ingeniero, antiguo empleado de la compañía de alumbrado de Thomas Edison, vendería 1.700 vehículos el primer año.

La industria del automóvil estructuró el conjunto del país: fomentó, hacia arriba, el desarrollo de acerías, minas, vidrierías y compañías petroleras, y, hacia abajo, la expansión de las carreteras, de la banca y del comercio. También empezó a esbozarse una nueva forma de alienación en el trabajo en cadena.

Sin embargo, en 1907, los fabricantes franceses de automóviles seguían dominando el mercado mundial: ese año produjeron 25.000 (es decir, tantos como Estados Unidos y diez veces más que Inglaterra); dos tercios de los automóviles exportados en el mundo seguían siendo franceses.

Todo cambió de manera muy brusca entre 1908 y 1914: en Estados Unidos, la fabricación en cadena del modelo «T» redujo el precio del vehículo a la mitad. En Francia, aún fascinada por los ideales del Antiguo Régimen, la industria del automóvil seguía considerando los coches como objetos de lujo, y los diseñaba como carrozas. Por otra parte, cuando apareció en París el primer mercado de masas, el de los taxis, Louis Renault y sus obreros, antiguos empleados de la industria de los coches de caballos, se negaron a fabricarlos en serie.

En 1914, Francia producía ya once veces menos que Estados Unidos: hacía sólo siete años, en cambio, fabricaba el mismo número de automóviles. Ford producía 250.000 coches y poseía aproximadamente la mitad del mercado estadounidense; Inglaterra, enredada en su imperio, incapaz de superar su propia crisis financiera, no producía más que 34.000 vehículos; Alemania, 23.000, Francia, 45.000 y Estados Unidos, 485.000. La suerte estaba echada.

El motor del crecimiento iba a ser en lo sucesivo claramente estadounidense: automovilístico y petrolero. El mercado mundial se abrió cada vez más, y la democracia progresaba en todas partes con el mercado. En 1912, más del 12 % del PIB mundial provenía del comercio exterior. Ese mismo año, la última dinastía china, los Qing, desapareció y fue reemplazada por una república.

En ocasiones, estos fuertes crecimientos crean tensiones y rivalidades por el control de los mercados y de las fuentes de abastecimiento. En 1914, una guerra que parecía salida de otro tiempo cerró de nuevo las fronteras. Era como si los comerciantes ingleses, franceses y alemanes se estuvieran disputando un poder que de hecho ya no les pertenecía. El petróleo condicionaba la suerte de las armas y moldeaba la posguerra: mientras millones de hombres morían en las trincheras, el acuerdo Picot-Sykes de mayo de 1916 pretendía dividir Oriente Próximo, propiedad del Imperio otomano, aliado de los alemanes, entre las dos grandes potencias europeas; Estados Unidos entró en el conflicto para poder participar en el reparto de las reservas de Oriente Próximo.

Cuando el conflicto terminó con una epidemia de gripe y una revolución comunista en Rusia y Alemania, la Primera Guerra Mundial había acelerado el desplazamiento del poder hacia Estados Unidos, del mismo modo que las guerras napoleónicas habían asegurado la victoria de Gran Bretaña. Lección de la Historia: el vencedor de toda guerra es quien no la libra o, en todo caso, quien no lucha en su propio territorio.

El agotamiento de los europeos asentó así el poderío de la Costa Este de Estados Unidos, desde Washington hasta Chicago, desde Nueva York hasta Boston. Fortalecida por la guerra, la industria del automóvil triunfó. Aparecieron nuevas tecnologías, como la radio y el motor eléctrico. En 1919, el tratado de Versalles, cuyo apartado económico fue redactado en su mayor parte por financieros norteamericanos, redibujó el mapa europeo. Dividió el Imperio otomano en pedazos imposibles de manejar, aprobó la creación de la Unión Soviética e impuso una carga insuperable a la Alemania vencida. El todopoderoso presidente estadounidense podía incluso intentar imponer reglas para evitar otra guerra, mediante la creación de una «Sociedad de Naciones», primer embrión de un ilusorio gobierno mundial.

Pero tanto en Estados Unidos como en Europa aumentaban los costes de producción, los salarios se elevaban, los índices de rentabilidad bajaban; la visión del futuro se enturbiaba, la demanda se venía abajo, las inversiones se estancaban, aparecía el desempleo, se endurecía la protección, la libertad retrocedía. La constitución, en 1928, de un cártel de las grandes compañías petroleras, las «siete hermanas», aumentó el precio de la gasolina y, como consecuencia, la producción de automóviles se vino abajo y se desencadenó la «Gran Crisis»: la séptima forma tocaba a su fin mientras la octava empezaba ya a levantar el vuelo.

NUEVA YORK, 1929-1980: LA VICTORIA ELÉCTRICA

El nacimiento de una octava forma, como el de las siete anteriores, requería la reunión de las condiciones culturales, políticas, sociales y económicas necesarias para reemplazar servicios, de pago o gratuitos, por máquinas nuevas producidas en serie: tras la industrialización de la producción agrícola, de la ropa y del transporte, el motor eléctrico vino a sustituir, mediante aparatos electrodomésticos, los servicios domésticos prestados por las amas de casa y las empleadas de hogar.

Como en cada mutación anterior, la octava crisis del Orden mercantil se resolvió mucho antes, incluso, que su desencadenamiento: la victoria de la electricidad había empezado ya a ganarse a finales del siglo XIX. Lección para el futuro: el tiempo que separa una innovación, incluso socialmente necesaria, de su generalización, gira siempre en torno a medio siglo.

Gracias al pequeño motor eléctrico que Nicolas Tesla inventó en 1889, empezó a utilizarse la energía eléctrica para mejorar la productividad de las máquinas anteriores, como las máquinas agrícolas e industriales y el automóvil. Con Thomas Edison llegó la segunda aplicación de esa energía: el alumbrado. A finales del siglo XIX, las principales ciudades estadounidenses estaban ya alumbradas y se volvieron más seguras; a partir de 1906, el Estado federal se encargó de la creación de una red eléctrica nacional.

El motor eléctrico posibilitó más adelante la instalación de ascensores y, por tanto, la construcción de rascacielos, favoreciendo

con ello el *urbanismo vertical*, cuyo gran arquitecto sería Frank Lloyd Wright. El motor eléctrico participó así indirectamente en la emigración rural y en la reducción del tamaño de la familia, creando un mercado para las máquinas que permitirían reemplazar, en unos apartamentos que se habían vuelto exiguos, una parte del trabajo doméstico (limpieza, conservación, cocina y distracción) por objetos fabricados en serie (bañera, lavabo, lavadora, frigorífico, cocina, radio y, más adelante, televisión).

Carente de tradición rural, Estados Unidos se encontraba particularmente bien situado para lograr esta mutación hacia la ciudad gigante. Los periódicos femeninos y el movimiento feminista preparaban también allí —y mejor que en otras partes— a las mujeres para la aceptación de su condición de consumidoras. Además, la publicidad, incipiente, recordaba sin cesar a la mujer, a veces de manera muy explícita, su supuesta «relación particular» con las tareas de limpieza: con el pretexto de «liberar» a la mujer, el mercado proclamaba su alienación.

Como las precedentes, esta octava forma transforma a nuevos campesinos y artesanos en asalariados precarios; concentra cada vez más las riquezas en un número reducido de manos; revoluciona la condición femenina; hace surgir grandes libertades para los consumidores y los ciudadanos, y nuevas alienaciones para los trabajadores.

En 1910, el motor eléctrico sirvió primero para accionar ventiladores y, luego, aparatos de radio, al principio de uso militar. En 1920, aparecieron las primeras lavadoras y los primeros frigoríficos. La mitad de los hogares estadounidenses estaban electrificados y disponían de agua corriente, y a veces incluso de gas; el cuarto de baño se convirtió en un elemento del confort de la clase media. Por aquel entonces, el Federal Water Power Act estableció un control de las fuentes de energía hidráulica. En 1921, la industria estadounidense produjo 2,5 millones de aparatos sanitarios; en 1925, el doble. En 1930, el 80 % de los hogares norteamericanos estaban electrificados. La producción de aparatos sanitarios, apenas ralentizada por la crisis de 1929, alcanzó los 3,5 millones de unidades en 1941, y la venta de aparatos de televisión y frigoríficos, pese a la Gran Crisis, se disparó. Los electrodomésticos fueron sus-

tituyendo progresivamente a los empleados del hogar, en su mayoría de color, herederos de los esclavos recientemente emancipados: su número cayó en picado, de 4 millones en 1920 a 300.000 en 1940; los demás pasaron a engrosar las cifras del paro. En 1935, el Congreso votó la Public Utility Holding Company Act, cuyo objetivo era permitir a las ciudades el acceso a una energía eléctrica de bajo coste para poder utilizar esas nuevas máquinas.

Esta octava reorganización de la forma mercantil, esta vez en torno a la familia más cercana, se adaptó particularmente a la lógica social estadounidense; llegó también a Europa coincidiendo con las crispaciones dictatoriales de Italia, España y Alemania: la familia estaba también en el corazón del proyecto fascista y nazi. En 1935, la producción industrial de Alemania era netamente superior incluso a la de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Entre 1933 y 1938, su producción de acero, cemento y aluminio se triplicó. Pero, como Alemania necesitaba mano de obra, petróleo, materias primas y tierras agrícolas, y el comercio no podía proporcionárselos en cantidades suficientes, la guerra le resultaba indispensable. El modelo soviético, que tenía al lado, parecía asimismo conseguir organizarse como una economía de guerra sin que nadie pudiera verificar las estadísticas publicadas por su propaganda.

La guerra, deseada también esta segunda vez por Alemania, ayudó de nuevo a Estados Unidos, a salvo en su propio territorio, a controlar las tecnologías y las producciones necesarias para la industria y las finanzas, en lo sucesivo asentadas en Nueva York.

Una vez más, la energía desempeñó un papel clave: Hitler se dirigió hacia Stalingrado, una vez roto el pacto germano-soviético que le había asegurado el petróleo necesario para sus primeras victorias, con el fin de llegar hasta las reservas de petróleo del Cáucaso. Japón atacó Pearl Harbor en diciembre de 1941 por el embargo que pesaba sobre sus abastecimientos petrolíferos. Y, finalmente, al volver de Yalta en febrero de 1945, Roosevelt recuperó de las manos de Gran Bretaña Arabia Saudita, donde se encontraban las primeras reservas mundiales del oro negro.

Cuando concluyó esta nueva guerra mundial que causó alrededor de 50 millones de muertos, es decir, cinco veces más que la primera, el mundo estaba totalmente transformado: había aparecido

el arma nuclear; había tenido lugar la Shoah; Oriente Próximo había quedado dividido en diez Estados; el comunismo estaba triunfando. Se creó entonces de nuevo una octava forma mercantil en una mitad del mundo, en la que se incluyeron las antiguas dictaduras fascistas y nazis, mientras la otra mitad, desde Budapest hasta Pekín, entraba en la órbita de la Unión Soviética. Comenzó entonces la «guerra fría» entre los antiguos aliados.

Esta vez, la nueva forma mercantil se centró en torno a Nueva York y la electricidad. Era la segunda forma cuyo «corazón» se situaba en Estados Unidos. No sería la última.

La electrificación, los subsidios familiares y las ayudas para la vivienda produjeron, a partir de 1945, una demanda masiva de los electrodomésticos que se habían inventado en la década de 1920, lo cual relanzó la economía mundial mucho más eficazmente que las grandes obras públicas.

En veinte años, entre 1945 y 1965, gracias al motor eléctrico, Nueva York se convirtió en la metrópolis más grande del mundo. En ese período, el precio de los electrodomésticos se dividió por cinco y su producción se multiplicó por diez. Nuevos objetos de consumo aceleraron aún más la evolución de la economía de mercado hacia el nomadismo, otro apelativo de la libertad individual: en 1947, dos inventos capitales, la pila eléctrica y el transistor, permitieron a partir de entonces transportar la radio y el tocadiscos. Fue una revolución trascendental: los jóvenes ya podían bailar fuera de los bailes, y, por tanto, lejos de la mirada de sus padres, lo cual liberó la sexualidad, abrió la puerta a nuevos estilos de música, desde el jazz hasta el rock, y anunció la entrada de los jóvenes en el universo del consumo, del deseo y de la rebelión. Lección para el futuro: el vínculo entre tecnología y sexualidad estructura la dinámica del Orden mercantil.

Mientras que los estadounidenses más pobres se sublevaban en los guetos, la clase media ahorrraba en lugar de consumir. Aumentó entonces el número de personas cuya profesión consiste en incitar a gastar: bancos, compañías de seguros, publicidad, marketing, medios de comunicación. Entre 1954 y 1973, los préstamos de los bancos a los hogares estadounidenses se quintuplicaron.

El resto del mundo se instalaba en el «entorno»: mientras que, entre 1959 y 1973, el PIB de Estados Unidos aumentaba un 3 %

anual, Gran Bretaña, Francia y Alemania, exangües desde la Segunda Guerra Mundial, intentaban rehacer el camino perdido, en parte gracias a la ayuda estadounidense. El PIB de Japón pasó de 300 dólares *per capita* en 1956, a 12.000 dólares en 1980. Fuera de Europa, el mundo parecía estar perfectamente controlado, bien por la URSS, bien por Estados Unidos: por ejemplo, cuando, en 1954, el Primer ministro iraní Mohammed Mossadegh nacionalizó el petróleo persa, fue destituido de inmediato por un golpe de Estado alentado por la CIA; un consorcio internacional, compuesto por compañías francesas, holandesas, británicas y estadounidenses, tomó el control de la producción petrolífera de ese país. En 1956, Nikita Krushev envió a Budapest los carros de combate del pacto de Varsovia sin que nadie en Occidente reaccionara. Reinaba el orden.

Luego, como en los demás casos, el «corazón» se agotó intentando cubrir los gastos militares en el extranjero y los gastos políticos en sus propios guetos. En Vietnam, después de Corea, el enfrentamiento de Estados Unidos con el mundo comunista demostró que la superpotencia capitalista era militarmente falible y financieramente frágil.

En todo Occidente, las actividades de servicios, públicos y privados, que no se podían automatizar, absorbían una parte cada vez mayor de los excedentes: ante la falta de automatización de los servicios prestados por el «personal de oficina» en la industria, la productividad del trabajo y la del capital se estancaron, mientras que los gastos militares y sociales no dejaban de aumentar. La rentabilidad del capital disminuyó; los circuitos financieros preferían conceder sus préstamos a las industrias tradicionales que a las empresas innovadoras, a los prestatarios públicos extranjeros que a los prestatarios privados nacionales, a las grandes compañías que a las pequeñas empresas; la siderurgia no invertía ya más que la mitad de lo que habría necesitado para competir con Japón o Corea.

En 1973, la subida de los precios de las materias primas, sobre todo del petróleo, redujeron aún más la renta disponible de los asalariados sin que aumentara ni la producción ni la demanda. El ahorro disminuyó y las deudas, en cambio, aumentaron. Luego llegó la inflación, que, al reducir el valor de las deudas, redujo el peso del endeudamiento, lo cual a su vez relanzó y aceleró la inflación. El in-

crecimiento del desempleo y la pauperización de una parte de la población agravaron entonces la inseguridad.

En 1980, Estados Unidos parecía estar al borde de la decadencia: perdió su primer puesto mundial en exportación de automóviles; su participación en el mercado mundial de la máquina herramienta cayó del 25 % en 1950 al 5 % en 1980, mientras que la de Japón, nueva potencia, pasaba de 0 al 22 %. La deuda exterior de Estados Unidos aumentó enormemente, superando sus haberes en el extranjero; para financiarla, los dirigentes estadounidenses toleraron el uso creciente del dólar por parte de los acreedores extranjeros. Nueva York había dejado de ser el único lugar donde se organizaban las finanzas del mundo; la City de Londres (donde un inmigrante alemán, Sigmund Warburg, lanzó los primeros préstamos en eurodólares y la primera OPA) parecía encontrar de nuevo el lugar que había creído perdido para siempre. Japón se convirtió en el principal acreedor de Estados Unidos, donde compró un gran número de empresas simbólicas y bienes inmobiliarios. Estados Unidos parecía estar a un paso de convertirse simplemente en el granero de trigo de un Japón floreciente, como Polonia lo había sido de Flandes en el siglo XVIII.

Muchos —entre ellos yo— creyeron entonces que Tokio sería capaz de convertirse un día en «corazón». Japón poseía en ese momento la fuerza financiera, el dirigismo, el miedo a la carencia, la tecnología, la potencia industrial necesarios para ello. Pero, de hecho, este país no tardó en mostrarse incapaz de resolver las dificultades estructurales de su sistema bancario, de dominar la burbuja financiera, de evitar una revalorización masiva de su divisa, de crear movilidad entre sus trabajadores, de mejorar la productividad de los servicios y del trabajo de su «personal de oficina». Sobre todo, no atrajo hasta su suelo a las élites del mundo entero, no promovió el individualismo tan necesario para el «corazón», ni consiguió escapar de la órbita de su vencedor estadounidense.

Fue entonces cuando, especialmente en California, surgió una nueva ola tecnológica que permitió llevar a cabo una automatización masiva de las actividades administrativas en las grandes empresas, es decir, exactamente lo que planteaba problemas en la octava forma. Se inició entonces un extraordinario crecimiento de la productividad.

El centro económico y geopolítico del mundo siguió su viaje de este a oeste. Tras haber partido de China cinco mil años atrás, haber llegado a Mesopotamia, luego al Mediterráneo y al mar del Norte, y haber cruzado a continuación el Atlántico, lo encontramos en lo sucesivo instalado de nuevo a orillas del Pacífico.

LOS ÁNGELES, 1980-?: EL NOMADISMO CALIFORNIANO

Por novena vez —la última hasta la fecha—, el Orden mercantil se reorganizó en torno a un lugar, una cultura y unos recursos financieros que permitían que una *clase creativa* transformara una revolución técnica en un mercado comercial de masas. Por novena vez, esta mutación amplió el espacio del Orden mercantil y el de la democracia. Siguió aumentando el número de democracias de mercado.

Esta nueva forma, en la que todavía nos encontramos, constituye la base de la Historia en marcha. Por esta razón debemos describirla con un poco más de detalle que las otras ocho.

Es allí, en California, en ese Estado del tamaño de Italia, en el que viven 35 millones de personas (es decir, uno de cada ocho estadounidenses, de San Francisco a Los Ángeles, de Hollywood al Silicon Valley, donde, hacia 1980, se instaló el nuevo «corazón». No es un lugar casual: es allí donde se descubrieron antaño minas de oro, allí donde se originaron la industria del petróleo y la del cine, donde se reagruparon los estadounidenses más aventureros, donde se estableció la industria de la electrónica y de la aeronáutica; es allí donde se encuentran algunas de las mejores universidades, algunos de los centros más importantes de investigación y algunos de los mejores viñedos; también se reunieron allí los talentos de la industria del entretenimiento, los mejores músicos y, más adelante, los inventores de todas las tecnologías de la información. Y allí, desde la frontera mexicana hasta la canadiense, una constante amenaza de temblor de tierra provoca una vibración intensa, única, un fabuloso deseo de vivir y un gusto por lo nuevo.

Como ocurrió en las crisis anteriores del Orden mercantil, las tecnologías necesarias para la novena forma mercantil preexisten a

su uso: al tener las actividades de oficina de los bancos y de las empresas un peso cada vez más gravoso sobre la productividad global, la automatización del manejo de la información se convirtió en un problema de gran importancia. Primero, en la década de 1920, aparecieron máquinas eléctricas de tarjetas perforadas; luego, en la década de 1940, los primeros ordenadores de uso militar utilizaban el transistor; en 1971 vio la luz un importante heredero del transistor: el *microprocesador*, que una empresa nueva, Intel, cofundada en aquel entonces por Gordon Moore, puso en el mercado: se trataba de un diminuto cuadrado de silicio en el que se apiñaban primero miles, luego millones, y después miles de millones de unidades elementales de almacenamiento y tratamiento de la información. Gracias al microprocesador, nació el ordenador en serie, a su vez heredero de una larga sucesión de innovaciones iniciadas en el siglo XVII, en Francia, por Blaise Pascal.

A partir de 1973, el ordenador comenzó a sustituir en las oficinas a las máquinas eléctricas de tarjetas perforadas e incrementó espectacularmente la productividad de los servicios y de la industria. Aparece la «ofimática».

Nuevas empresas, californianas en su mayoría, permitieron entonces reducir el coste de los servicios comerciales y de las administraciones. Gracias a estas tecnologías fue posible industrializar los servicios de las finanzas, permitiendo a los bancos una explotación automática de las imperfecciones del mercado, relacionando millones de transacciones, suprimiendo todos los límites en el crecimiento de los instrumentos financieros y en el de los mecanismos de cobertura de riesgos: las finanzas y los seguros se convierten en industrias.

Una vez más, por tanto, un «corazón» se hace con el poder mediante la industrialización de servicios —en este caso financieros y administrativos—. Y, una vez más, contrariamente a lo que anunciaban los futurólogos, no estamos ante el advenimiento de una sociedad de servicios, de una sociedad postindustrial, sino exactamente de lo contrario: se trata de los comienzos de una industrialización de los servicios encaminada a transformarlos en nuevos productos industriales.

Con esta revolución, como con las anteriores, se incorporan al mercado nuevos objetos de consumo: son los *objetos nómadas* (ex-

presión que introduje en 1985, mucho antes de que aparecieran, y que desde entonces se ha instalado en numerosas lenguas), máquinas miniaturizadas capaces de retener, almacenar, tratar y transmitir la información —sonidos, imágenes, datos— a gran velocidad y, en esta nueva forma, desempeñan el papel que en las dos formas anteriores les correspondieron al automóvil y a los electrodomésticos.

¿Por qué «objetos nómadas»? Como hemos visto, los nómadas han transportado siempre objetos que pueden servirles de ayuda en sus constantes desplazamientos; los primeros fueron sin duda las piedras talladas y los talismanes, y luego vinieron el fuego, las prendas de vestir, el calzado, las herramientas, las armas, las joyas, las reliquias, los instrumentos de música, los caballos, los papiros. Y con el tiempo llegó el libro, primer objeto nómada producido en serie; más adelante, objetos que permitían miniaturizar instrumentos sedentarios para poder transportarlos: reloj, cámara de fotos, radio, tocadiscos, tomavistas, lector de casetes. Finalmente, se crearon otros para tratar la información.

En 1976, Steve Jobs, un joven principiante también californiano, creó el Apple 1, un ordenador individual utilizable por todos, con interfaces simples. En 1979, unos japoneses comercializaron el primer objeto nómada con nombre casi nómada: el *walkman*, lector de casetes inventado por un alemán llamado Andreas Pavel.

Al mismo tiempo se fue desarrollando el gusto por otros objetos nómadas, por los animales de compañía de todas las especies, que ofrecían a los sedentarios la oportunidad de vivir una vida de cuasipastores, de nómadas y jinetes de imitación, sin ninguno de los riesgos asociados con los viajes, y les brindaban una compañía fiel y duradera, en medio de un océano de precariedad y deslealtad.

En 1981, mientras en Francia aparecía el Minitel, el gigante estadounidense de la informática industrial, IBM lanzaba también su primer ordenador portátil, el IBM 5150, sin demasiadas esperanzas. La máquina estaba dotada de un microprocesador de Intel y de un programa MS-DOS producido por otra modesta empresa de la Costa Oeste de Estados Unidos, Microsoft; pesaba 12 kilos y era 32.000 veces menos potente y 12 veces más caro que los PC menos sofisticados del año 2006. Sin embargo, fue un éxito: en lugar de las 2.000 unidades previstas, IBM vendió 1 millón. Diez años

más tarde, Microsoft se había convertido en una de las cinco primeras empresas del mundo. En 2006 se vendieron 250 millones de microordenadores, y había más de 1.000 millones en servicio por todo el mundo.

Aparecieron al mismo tiempo otras dos herramientas trascendentales del nuevo nomadismo: el teléfono móvil e Internet. Se abrieron camino tan lentamente como el ordenador, pero triunfaron al conectarse entre sí. Para los sedentarios eran como sucedáneos de los viajes; para los nómadas, maneras de mantener relaciones con los sedentarios y otros nómadas. Ambos permitían que cada individuo tuviera, por vez primera, una dirección no territorial (número de teléfono móvil o dirección de correo electrónico).

El primer teléfono móvil no militar apareció en Inglaterra a finales de la década de 1970. Al principio, necesitaba la asignación de una frecuencia y una batería portátil muy voluminosa, pero poco a poco las redes celulares aumentaron sus capacidades de transmisión y las baterías se miniaturizaron. En treinta años, el móvil se volvió planetario y permitía hacer circular voz y datos. Hoy en día es el mayor éxito comercial de todos los tiempos: en 2006, más de 2.000 millones de individuos, es decir, un tercio de la humanidad, disponía de uno.

Al mismo tiempo, se consiguió conectar dos ordenadores por teléfono. También en este caso, la generalización de una nueva tecnología llevaría treinta años: Internet. Su evolución es muy interesante. En agosto de 1962, el MIT, prestigiosa universidad situada cerca de Boston, publicó los primeros textos que describían las interacciones posibles dentro de una red de ordenadores conectados por teléfono: en 1965 se ponía a prueba la primera conexión informática a larga distancia entre un ordenador situado en Massachusetts y otro situado en California. En 1969, algunos centros neurálgicos de la US Army crearon la red Arpanet para intercambiar informaciones electrónicas con toda confidencialidad. En 1979, un grupo de estudiantes estadounidenses creó los primeros *news-groups* para comunicar datos civiles mediante los escasos centenares de ordenadores conectados en los centros de investigación y las universidades. En 1981, Arpanet llegaba a Europa. Ese mismo año aparecía el protocolo TCP/IP y la palabra «Internet». En 1983 en-

traba en funcionamiento el primer servidor que administraba nombres de sitios. En 1984 había conectados 1.000 ordenadores; en 1989, Internet se abrió al gran público y se crearon las primeras cuentas de correo electrónico. En 1991, Tim Bernes-Lee, un investigador británico que trabajaba en un centro de investigación nuclear europeo en Ginebra, el CERN, inventó una lengua común para todos los usuarios conectados a esta red, el html, y organizó la comunidad de quienes la utilizaban, que él denominó el *World Wide Web*, y cuya primera dirección (<<http://info.cern.ch/>>) puso en línea el 6 de agosto de 1991.

Lección para el futuro: muchos de los inventos importantes son el resultado del trabajo de investigadores a los que se pagaba con fondos públicos para que buscaran algo muy distinto.

Aparecen entonces numerosas aplicaciones de la informática conectada; también ellas están destinadas a mejorar la productividad de los servicios: *programas* de gestión comercial, de correo electrónico, de comercio electrónico, de intercambios de datos financieros. En 1992 había conectados 1 millón de ordenadores; en 1996, eran 10 millones; en 2006, 1.000 millones.

Internet aparece entonces como una especie de nuevo continente, esta vez virtual, por descubrir, por poblar, por organizar, con un campo infinito para la realización de actividades mercantiles. Ciertas empresas de programas informáticos han llegado a estar entre las primeras de mundo: Microsoft, AOL, Oracle, Google, todas ellas californianas. En 1998, la cifra de negocios de la economía de Internet superaba la de las telecomunicaciones y las compañías aéreas. Más aún: Internet potencia también los medios del teléfono portátil, que se va progresivamente convirtiendo en lector de vídeo, cámara fotográfica, receptor de televisión, editor de *blogs*. En 2004, Apple comprende que el beneficio se consigue con el objeto nómada y no con los datos que circulan por él, la mayoría gratuitos: el Ipod sustituye al *walkman*, también con ventas de centenares de millones de unidades.

Al mismo tiempo se desarrollan también los juegos de vídeo, que mezclan curiosidad y aventura; al principio, aparecen en forma de programas informáticos para jugar en solitario, pero al cabo de un tiempo se conectan a Internet y se convierten en juegos de múl-